

LA NOCHE DE TODOS LOS MUERTOS



**GUILLERMO RAMÍREZ GARCÍA**

jóvenes ◊ pasión y libertad | literatura | cuento



**La noche de todos los muertos**





GOBIERNO DEL  
ESTADO DE MÉXICO



Universidad Autónoma  
del Estado de México

Alfredo Del Mazo Maza  
*Gobernador Constitucional*

Marcela González Salas y Petricioli  
*Secretaria de Cultura y Turismo*

CONSEJO EDITORIAL  
*Consejeros*

Marcela González Salas y Petricioli  
Rodrigo Jarque Lira  
Gerardo Monroy Serrano  
Jorge Alberto Pérez Zamudio

*Secretario Ejecutivo*  
Alfredo Barrera Baca

*Comité Técnico*  
Alejandro Pérez Sáez  
Rodrigo Sánchez Arce  
Laura G. Zaragoza Contreras

Doctor en Ciencias  
e Ingeniería Ambientales  
Carlos Eduardo Barrera Díaz  
*Rector*

Doctora en Humanidades  
María de las Mercedes Portilla Lujá  
*Secretaria de Difusión Cultural*

Doctor en Administración  
Jorge Eduardo Robles Alvarez  
*Director de Publicaciones Universitarias*

# LA NOCHE DE TODOS LOS MUERTOS

Guillermo Ramírez García

JÓVENES. PASIÓN Y LIBERTAD | CUENTO



*La noche de todos los muertos*

© Primera edición: Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México / Universidad Autónoma del Estado de México, 2022

D. R. © Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México  
Jesús Reyes Heróles núm. 302,  
delegación San Buenaventura, C. P. 50110,  
Toluca, Estado de México.  
[ceape.edomex.gob.mx](http://ceape.edomex.gob.mx)

D. R. © Universidad Autónoma del Estado de México  
Instituto Literario núm. 100, Oriente, C. P. 50000,  
Toluca, Estado de México.  
[www.uaemex.mx](http://www.uaemex.mx)  
[publicaciones@uaemex.mx](mailto:publicaciones@uaemex.mx)

© Guillermo Ramírez García, por el texto  
© Alejandro León Meléndez, por el prólogo

ISBN (colección GEM): 978-607-69828-2-2  
ISBN (colección UAEMÉX): 978-607-633-813-1  
ISBN (GEM): 978-607-69828-9-1  
ISBN (UAEMÉX): 978-607-633-819-3

Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal  
CE: 226/09/15/22

Coordinación editorial: Alejandro Pérez Sáez y Jorge Eduardo Robles Álvarez  
Diseño y formación: Adriana Juárez Manríquez y Francisco Pérez Velasco  
Cuidado de la edición: Erika Yanet Medina Trinidad

El contenido de esta publicación es responsabilidad exclusiva de la autoría.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos patrimoniales.

Hecho en México / *Made in Mexico*

**Nadie puede cuestionar** que el mundo actual demanda acciones eficaces en todos los campos de la vida. Las generaciones jóvenes asimilan la información de su realidad histórica, la procesan y van fraguando gradualmente una voz propia. Esa voz que se alza frente al orden establecido debe ser escuchada, porque es portadora de la simiente del pensamiento evolutivo, del paso que marca el cambio de una generación a la siguiente.

Por ello, la Secretaría de Cultura y Turismo no escatima esfuerzos en la creación de diferentes vías que ayuden a la maduración del talento joven, a la difusión de sus ideas estéticas a través de la creación intelectual y artística, alimento del pensamiento humanista que, hoy por hoy, es el camino más firme hacia la paz mundial.

Conscientes de estos principios, nos hemos dado a la tarea de abrir nuestras puertas a jóvenes artistas y pensadores mexicanos que destacan en los diversos géneros literarios: novela, cuento, ensayo, poesía y dramaturgia; en la reflexión y el pensamiento filosófico, histórico, antropológico y social; en las artes plásticas como pintura, grabado y escultura, o en las artes gráficas, digitales y cinematográficas.

Es así como surge el proyecto Jóvenes. Pasión y Libertad, nueva colección del Fondo Editorial Estado de México en coedición con la Universidad Autónoma del Estado de México, que abre un espacio para dar cauce a las voces de la juventud creadora, además de reconocer su trabajo y sus aportes a la literatura, el pensamiento y las artes de nuestra entidad.

MARCELA GONZÁLEZ SALAS Y PETRICIOLI  
*Secretaria de Cultura y Turismo*



**Fortalecer la inclusión** en la universidad y en la sociedad, al igual que la identidad de los diversos sectores de la población mexiquense, mediante la amplia participación de jóvenes en actividades literarias, artísticas y culturales es el principal objetivo de la Universidad Autónoma del Estado de México en materia de difusión cultural. Así lo definió la comunidad universitaria de la Uaemex en su Plan Rector de Desarrollo Institucional 2021-2025.

Por ello, a las universitarias y los universitarios nos llena de entusiasmo participar como coeditores en el diseño y lanzamiento de la acertada colección Jóvenes. Pasión y Libertad, que incluye obras de artes visuales, literatura y pensamiento filosófico, realizadas por jóvenes que practican los diversos géneros de estas tres vertientes de la producción intelectual en nuestra entidad.

Cada obra publicada en esta colección constituye un trabajo reflexivo sobre la realidad que, gracias a su tratamiento artístico, logrará detonar nuevas experiencias estéticas, intelectivas y morales en el público lector.

A su vez, la colección Jóvenes. Pasión y Libertad ha sido construida con una mirada abierta a la innovación de temáticas y técnicas que las jóvenes autorías seleccionadas han planteado con arrojo y energía.

Deseo que las obras que conforman esta colección se inserten en la rica tradición literaria hispanoamericana y dialoguen durante mucho tiempo con la crítica especializada y el público en general. Que así sea para el deleite de todas y todos.

Somos Uaemex

*Patria, Ciencia y Trabajo*  
DR. CARLOS EDUARDO BARRERA DÍAZ  
Rector



## A doble interlineado y Arial doce

Esta historia va de *sidekicks*.

El secundario de la historia. El Robin del Batman; Samsagaz de Frodo; Watson de Holmes y *etcé*.

El Álex de Margarita o, más correctamente y conjugado en presente, el Guillermo Ramírez García de Margarita Monroy Herrera.

Los especialistas de las letras han estudiado, en más de una ocasión, la relevancia del coprotagonista y, cuando el medio da la oportunidad, como en el caso del cómic, estos ayudantes crecen y elaboran su propia historia. Terminan convertidos en su propio protagonista.

Sin el doctor Watson no habría, ni de broma, la historia de Holmes. Porque el detective no tiene ganas de ser visto. Es Watson quien nos explica con palos y bolas dónde está la grandeza de su amigo. Sin él, Sherlock sería otro egoísta y cretino más de los que abundan por aquí y acullá.

Y claro, Robin se transformó en Nightwing y tuvo su propio título, con fans fieles, alejado de su famoso tutor.

Sabemos que, sin Sam, Frodo nunca hubiera llegado a ninguna parte. No olvidemos que él también llevó la carga.

Así como Memo. Guillermo Ramírez García. El padawan de mago. De Margarita. O sea, el Luke de Yoda o el Obi-Wan de Qui-Gon.

Cuando Margarita Monroy Herrera me confirmó que mi más reciente novela juvenil se publicaría en el número

15 de la emblemática colección de la emblemática tunAstral, me puse serio.

Corrí a casa de mi editora y me dispuse a atender todas sus observaciones.

Allí conocí a Memo. A Guillermo Ramírez García. Estaba en la casa de la Mayora, en el comedor. Más específicamente, en esa mesa larga y poderosa que pesa tanto por el árbol con el que fue hecha como por la cantidad de libros que contiene, que siempre se están leyendo y quedan allí, esperando se les encuentre un lugar en el Librero Bobby Watson en otro momento.

Acunado por la jefa de la editorial independiente más importante del centro del Estado de México, Memo asentía y obedecía las órdenes de la Mayora. Ése es el apodo cariñoso que le escuché decir a Roberto Fernández Iglesias hace muchos años, más de una vez.

—¡Éste es Memo! —dijo a voz en cuello Margarita, que se quedó acostumbrada a hablar con gente que no oye bien—. ¡Memo, éste es el escritor de la novela!

Y nos estrechamos las manos.

Mucho gusto, mucho.

—¡Memo! —gritaba Margarita—, enséñale a Álex dónde está ese error del que hablamos. Y Memo bajaba la cabeza y decía, apenado, que había escrito demasiados “yo” en una novela escrita en primera persona.

—Pues quíталos —le dije.

—Ya quitamos muchos de ellos —me respondió Memo—, pero quedan muchos otros. Y necesito que nos ayudes a volver a redactar esas frases.

Cuando lo vi me reviví.

Era como yo. Memo.

Al menos eso pensé en aquel momento.

Memo es como cuando yo trabajé para tunAstral y ayudé a publicar algunos libros bajo la mirada atenta del Gordo Iglesias o de Margarita está linda la mar.

Creo (eso no lo sé de cierto, lo supongo), que hasta tenía la misma edad que yo tuve cuando fui parte de la tribu tunAstral.

Memo, como yo, borra palabras en la computadora o acomoda márgenes o redacta correos e incluso ayuda en la ordenanza de las finanzas de la asociación civil.

Es como yo, pensé las siguientes veces que estuve en contacto con tunAstral vía Guillermo Ramírez García a través del correo, del WhatsApp o en las siguientes visitas a la casa de la Mayora.

Es como yo porque bebe del café de Margarita y abreva de lo que nos dejó el Gordo en la escuela. Mama de la savia que escurre en esa casa, del caos ordenado, de las colecciones de arte que hay allí, de los miles y miles de libros que aún se siguen acomodando en aquel librero enorme, más grande que la mayoría de las bibliotecas públicas del Estado de México.

Pero estaba equivocado.

Memo no era, ni es, como yo.

Él llegó antes a donde se empieza el camino.

Pero no me di cuenta de inmediato. Torpe que soy.

En algún momento durante el trabajo de edición o (¿qué más da?) de promoción de mi novela juvenil, descubrí, como se descubre que ya empezaron los vuelos nupciales de las hormigas, que Memo estaba estudiando en la Escuela de Escritores del Estado de México “Juana de Asbaje”. Igual que yo, aunque en mi momento tenía otro nombre y algún acrónimo.

Y volví a pensar (de soslayo nomás) que era como yo, porque yo también estudié allí cuando recibí el apoyo emocional y de todo tipo que se recibe con Margarita y con el Gordo.

Pero pff, nadie es como el otro, por supuesto.

Un día me pidió Margarita que le echara el ojo a dos textos de Guillermo Ramírez García y, ¿vieron?, dejó de ser Memo nomás.

De pronto, tras una tarde de lectura, tuvo en mi cabeza nombre de escritor. Así, completo, nombre y dos apellidos. Es decir, y a riesgo de ser redundante (que suelo serlo, como podrá afirmar Memo luego de revisar mis textos), Memo es de cariño, el otro es con respeto.

Guillermo Ramírez García.

A ver, quiero terminar esto con una idea fundamental.

Memo es un chico seguro y humilde, dos de los mejores adjetivos que son mejores cuando van juntos. Es un chico silencioso que, sin embargo, no pasa desapercibido.

Guillermo Ramírez García es un cabrón, como lo sabrás en el texto que estás por leer.

Un día Memo me habló y me pidió que (por favor, me dijo) escribiera este texto como antesala a su libro.

Me solicitó que (por favor, me dijo) no hablara de su libro de cuentos, porque “éstos deben defenderse solos”.

Luego me pidió que (por favor, me dijo) mejor hablara de la importancia que tiene el que se den oportunidades a escritores jóvenes.

Ahí fue cuando me di cuenta de que no era ni es como yo. Ya le cumplí. Dije lo que pidió.

Ahora bien, tampoco te predispongas, lector, porque este libro no es Memo. Es Guillermo.

Verás la de madrazos que te pega, la de ojos que pelas, la de ajás que saldrán de tu boca.

Este libro no es John H. Watson ni Dick Grayson ni Samsagaz Gamyi. Tampoco es Ahsoka Tano.

Es otra cosa. Una rueda de la fortuna a través del tiempo, que va y viene, sube y baja. Es un barrio bajo, atemorizante.

Y ya, no diré más.

Y para no decir más te doy la siguiente excusa: el texto que me pidieron debía ser en Arial 12, a doble espacio, en máximo cuatro cuartillas. Aquí te las dejo.

Creo que es mejor así.

Mejor lee a Guillermo. *Ahistá* lo importante.

ALEJANDRO LEÓN MELÉNDEZ



*A mi familia: Beatriz, Guillermo y Rogelio;  
porque siempre es primero*

*A mi maestra, Margarita Monroy Herrera,  
por su dedicación y tiempo al revisar este libro*







## La noche de todos los muertos

1

Mientras en el televisor se reproduce una serie de imágenes borrosas, pixeladas y sin sonido, en el estéreo suena, a todo volumen, “Quintessence”, de Darkthrone. Varias botellas de cerveza vacías y rotas rodean el cuerpo de Juan Carlos. Parece dormir, pero mantiene la vista fija en el techo y de vez en cuando parpadea. Adrián está a su lado. La habitación se encuentra llena de humo, pues ambos fuman tabaco y marihuana. Llegó el momento en que perdieron el hilo de su conversación, se dejaron ir y ahora sólo escuchan la música, la cual parece ser infinita.

Adrián se miraba las manos, sorprendido, como si acabase de descubrir sus extremidades. Más allá, Rosendo, su otro amigo, parece una estatua; si alguien lo viera, juraría que es una figura de cera que se está derritiendo, pues sudaba a chorros y, sin embargo, temblaba.

De repente, Adrián se giró para mirar a Juan Carlos, éste advirtió su movimiento y también lo miró.

—¿Crees que se enteren de que fuimos nosotros? —soltó Adrián.

—No tienen por qué hacerlo, ese güey no tenía amigos que lo extrañen —contestó Juan Carlos, sacándose el cigarro de la boca.

—Pero sí padres, familia... ¿y si vienen por nosotros?

—¿Para qué vendrían? No tienen pruebas, era tan torpe que él mismo pudo haberse dado el golpe, caído de la bicicleta, qué se yo, simplemente ser un accidente.

Adrián asintió, convencido de las palabras de su amigo.

—Dame otro toque. —Inhaló del cigarro y se dejó caer lentamente sobre la alfombra. Las imágenes de un joven revolcándose en el suelo surgieron en su cabeza, era un compañero de la prepa al que había atacado junto con Juan Carlos, con el único fin de divertirse. Aún tirado en el suelo, se transfiguró en el mismo Adrián y era golpeado por varios jóvenes, todos con la cara de su víctima. Luego, un golpe en el rostro lo despertó. Abrió los ojos y se giró a todos lados tan rápido como pudo; no había nadie más que Juan Carlos y Rosendo, quienes por su estado no lo percibieron.

—Van a venir por nosotros —dijo entre gritos.

—¿Quiénes? —preguntó Juan Carlos, desesperado.

—Sus papás, la policía, el director, qué sé yo, pero van a venir, van a dar con nosotros.

—Cálmate, cabrón, nadie va a venir, ni nos vieron ni dejamos rastro.

Adrián escurría en lágrimas y temblaba. Juan Carlos tuvo que tomarlo de la camisa y sacudirlo. Rosendo se despertó, se percataron por sus gemidos de lamento que poco a poco se fueron apagando y luego se puso en pie. Adrián y Juan Carlos guardaron silencio, se sentaron en el sofá y, aunque Adrián seguía temblando, ya nadie dijo nada.

—Ésta ha sido la última —dijo Rosendo horas más tarde—. Ya no me voy a meter en estas cosas, se pone grueso, no puedo pensar con claridad y eso me asusta.

—No te azotes, maestro, ¿por qué debería de asustarte? —Juan Carlos lo miró a los ojos y en su mirada había más coraje que desconcierto.

—Necesito tener la mente en blanco ahora más que nunca, los ojos bien abiertos, la mente clara —dijo Rosendo, precedido de un largo suspiro.

—¿Para qué?

—Rosendo y Alejandra terminaron —contestó Adrián.

—No me jodas, Rosendo, ¿es neta?

—No, no es cierto, no hemos terminado, sólo sufrimos una pelea, nada que no podamos resolver platicando.

Adrián y Juan Carlos cruzaron las miradas y guardaron silencio. Rosendo los miró con extrañeza.

—¿Platicando? —preguntó Juan Carlos—, ¿neta? Lo que ella necesita es que le des unos buenos putazos para que se le quite y sepa quién manda, ¿o qué?, no me digas que ella tiene poder absoluto sobre ti.

—No, no me controla, pero...

—Pero, pero, con eso me acabas de decir que te tiene dominado. Seguramente ahorita se ha de estar revolcando con algún cabrón, mientras tú piensas en platicar con ella. Por eso te trae jodido, maestro.

Rosendo guardó silencio, bajó la cabeza y pensó en esa posibilidad.

—Pobre imbécil —sentenció Adrián entre carcajadas—. Date otro toque y déjate de mamadas.

—No, lo siento, fue suficiente.

—Deberías darle un buen escarmiento, dejarla sola, a ver qué hace; verás que rápido viene a buscarte. No te arrastres detrás de ella como perro, eso la vuelve más fuerte, más segura, y te deja a ti como un débil mental. Al final terminará por encontrarse a alguien que la maltrate. Es lo que quiere, luego luego se le ve. —Y después de estas palabras, Juan Carlos simplemente sonrió.

Rosendo temblaba, no sabía si era el frío, si los efectos secundarios y adversos de la hierba le estaban afectando o simple y sencillamente estaba nervioso. Tenía miedo, se había peleado

con Alejandra, su novia, realmente la quería, pero en un ataque de ira gritó cosas de las que ahora estaba arrepentido y no encontraba el suficiente valor —ni siquiera lo había encontrado en el alcohol o la marihuana— para ir y pedirle perdón. Arrastrarse como un perro. *Soy tu perro, seré tu perro si me perdonas, me postro ante a ti, pero serás mía.* No, no encontraba el valor.

—Tengo una idea mejor, vamos a la fiesta de Halloween de Leonardo. —Juan Carlos pasó su brazo sobre el hombro de Rosendo—. Seguro ahí está Alejandra.

—Claro, habíamos pensado en asistir, aunque después de la pelea ya no quedamos en nada.

—Sobres, vamos y ahí le dices todas las pendejadas que quieras decirle.

Adrián, por su parte, suspiró, respiró hondo y decidió que olvidaría a su compañero muerto por un golpe en el estómago, el comunicado que había llegado a la escuela y el hecho de que muy probablemente pronto iría la policía a investigar. Era lunes, noche de Halloween, y la escuela había decretado un puente vacacional hasta el jueves, no había nada que temer. No todavía.

Salieron rumbo al centro de Toluca. Rosendo aparcó el automóvil que su padre le había prestado y entraron a la casa de Leonardo, un departamento que no era más que un cuarto mediano donde había un colchón roído, una mesa y algunas sillas. Sin embargo, eso no importaba cuando todos se reunían a beber, platicar y meterse drogas. Además, como estaba al lado de un terreno baldío, algunos salían a extender la fiesta ahí.

—Ese mi Leo. —Los tres lo saludaron y buscaron entre los invitados a sus compañeros de la prepa. Todos platicaban, parecían conocerse y caerse bien. Por alguna razón, Adrián sentía que ellos eran los únicos que no encajaban, pues pasaban frente o junto a sus compañeros y parecían ser invisibles, unos extraños sin importancia dentro de ese grupo. Finalmente, vieron a Manuel, un compañero que a pesar de ser el aplicadito de la clase,

siempre jalaba con sus compas; bebía hasta perder el conocimiento y luego, simplemente, para él no había pasado nada. Pero Manuel no era importante, buscaban a Alejandra y a sus amigas.

Alejandra era una mujer sensual, que casi siempre vestía de faldas cortas y escotes pronunciados. Rosendo la buscaba discretamente, sin preguntar por ella, aunque se estaba impacientando. Juan Carlos y Adrián tampoco decían nada, pues ellos tenían otros planes. Parecían perros hambrientos olfateando en la basura en busca de algo que tragar.

Manuel llevaba varias cervezas, no parecía querer parar, y platicaba con sus amigos sobre literatura. Él quería ser escritor, pero lamentablemente esos temas no eran tan apasionantes para los demás, por eso decidía comportarse como ellos, beber y beber hasta perder el conocimiento. Luego, días después, escribiría su experiencia.

—¿Escucharon lo del muerto? —dijo alguien cerca de Manuel.

—¿Cuál muerto? —preguntó otra persona.

—Un güey de la prepa. Hoy el director dijo que murió por un golpe en el estómago y dicen que probablemente se lo dieron en la escuela, alguien del mismo plantel. Después de todo, parece que lo acosaban.

—¿Quién lo acosaba?

—Pues quién más, los cabrones de Juan Carlos y Adrián, seguro la policía los manda a llamar.

—Pobres pendejos, en la que se metieron.

Manuel escuchó discretamente esa conversación, pensó en Juan Carlos, Adrián y el chico a quien acosaban. Sí, él había sido testigo de los abusos que cometían, pero no llegarían a tanto, ¿o sí? Y, por cierto, ¿en dónde se habían metido esos cabrones?

Juan Carlos le propinó un sopapo a Manuel como saludo, la botella que sostenía se le cayó de la mano, estrellándose en el piso y dejando un cúmulo de espuma, cerveza y vidrios rotos.

—Ah, pinche mala copa —Juan Carlos rio y pidió más cerveza.

—Qué bueno que te encontramos —dijo Adrián, sentándose al lado de Manuel.

—Así es, Rosendo anda buscando a Alejandra, ¿la has visto? —preguntó Juan Carlos.

Rosendo, desde atrás, tornó su mente, cerró los ojos y se acercó a ellos.

—Olvídenlo —dijo él—, he decidido seguir sus consejos. ¡Que se joda!, no la necesito, no ahora. Que se vaya al infierno. Voy a divertirme esta noche y nadie va a impedirlo, ni siquiera esa mujer, que sabrá Dios lo que esté haciendo y con quién en este momento.

Juan Carlos rio, Adrián dibujó una media sonrisa, Manuel se giró con cara de confundido para mirarlo. Rosendo encendió un cigarro de marihuana, lo pasó a sus amigos y bebió de su botella de cerveza sin parar, hasta dejarla vacía.

## 2

Alejandra llegó con sus amigas, faldas cortas y pantalones ajustados, escotes discretos, un poco holgados. Entre ellas se cuidaban el peinado y el maquillaje, y si alguna prenda no combinaba o se salía de su sitio, de inmediato lo arreglaban. Alejandra había llorado toda la tarde. Después de todo, las palabras de Rosendo la habían herido. *Me desesperas, Alejandra, verte con ese güey me desespera, no quiero que te hable, no quiero que se te acerque, no quiero verte con alguien más y menos con él. Ya te dije que Octavio es mi mejor amigo, él nunca me tocaría, tú lo conoces bien; sólo fuimos a una fiesta familiar, sus abuelos querían conocerle una amiga. Ajá, claro, y tú fuiste a taparle sus joterías, ¿verdad? Ya no te enojas, Rosendo, sabes que sería incapaz de... Eres una puta, eso eres, tal parece que te contrató como dama de compañía.* Entonces irrumpía en llanto, aunque sus amigas ya le habían explicado que se le correría el maquillaje y que evitara lagrimear.

“Pronto se le pasará a ese cabrón, se arrepentirá de sus palabras y lo tendrás aquí, rogándote”, le decían.

—A que no adivinan lo que acabo de escuchar —dijo una amiga de Alejandra.

—¿Qué?

Alejandra no prestaba atención, pero la euforia con la que su amiga daba la noticia la hizo girarse de inmediato.

—Mataron a uno de la prepa.

—¿A quién? —preguntó Alejandra, ahora sí interesada.

—No lo conozco, creo que era de primer semestre, al que se traían de puerquito el Adrián y Juan Carlos. Dicen que le dieron una paliza en la misma prepa, en el baño, parece. Lo llevaron al hospital y ahí murió. Ahora el director dará permiso para que la policía busque al culpable dentro del plantel.

—O los culpables —contestó Alejandra—. Seguro fueron esos imbéciles.

—¿Cuáles imbéciles? —Juan Carlos apareció detrás de Alejandra, ella y sus amigas se paralizaron, guardaron silencio hasta que Adrián interrumpió.

—Alejandra, Rosendo te está buscando.

—No seas así, Adrián —Juan Carlos rio y negó—. Claro que no, ese idiota dice que eres una perra, que te vayas al carajo. ¿Cómo dijo?, ah, sí: que te jodas, no te necesita, que te vayas al infierno.

—Pendejos, a ustedes qué les importa. —Una amiga de Alejandra se plantó frente a Juan Carlos y apenas pudo contenerse para no darle una bofetada. Sabía que, si lo golpeaba, Juan Carlos se la regresaría; era grande y fuerte y, después de todo, él había matado a un compañero de la prepa. O eso es lo que decían.

—Tranquila, mi amor, sólo estoy diciendo lo que el imbécil de Rosendo dijo, para que tengas cuidado y te fijes con qué clase de patán sales.

—Idiota —susurró la amiga de Alejandra y la abrazó, pues había empezado a escurrir en lágrimas.

Juan Carlos y Adrián salieron, se dirigieron al baldío, donde no había nadie, pues era una noche fría, helada.

—Pobre vieja, ja, ja —rio Juan Carlos.

—¿Lo escuchaste? Estaban hablando de nosotros —le interrumpió Adrián.

—¿Y qué tiene? No pasa nada.

—¿No pasa nada, no pasa nada? Todos piensan que nosotros matamos a ese pendejo, la policía irá a la prepa a buscarnos.

—Investigarán, eso harán, pero no darán con nosotros porque no tienen pruebas de que lo hemos golpeado.

—Todo mundo dice que nosotros lo acosábamos.

—Todo mundo lo acosaba. Era un nerd, un idiota, un debilucho, no conozco a nadie que lo respetara.

—Esto se va a poner feo, Juan Carlos, creen que fuimos nosotros, lo he escuchado. Hay rumores y nada es tan violento como un rumor.

—Déjate de filosofías baratas y estúpidas y date un toque, es lo que necesitas.

Adrián tomó el cigarro, inhaló, exhaló el humo y poco a poco se dejó caer en la tierra, Juan Carlos le siguió.

—No va a pasar nada, te lo aseguro —dijo Juan Carlos con una voz que no era la suya, tal vez débil, romántica quizás era una extraña forma de consolarlo.

### 3

Alejandra se empinó una botella de cerveza cuando vio a Rosendo, en cualquier momento vendría y lo mandaría al carajo. “Vine con mis amigas, no me estés molestando”, le diría y lo dejaría

como un idiota. Pero Rosendo no se acercó, de hecho, de repente se perdió, ya no lo miraba por ningún lado. Se tomó otra cerveza, luego otra, alguien le ofreció beber de una botella de ron, sin pensarlo se la llevó a la boca. Risas, todos reían, Alejandra reía también; todo le daba vueltas y sabía que en algún lado Rosendo estaría mirándola, luego la abrazaría y la llevaría consigo a casa.

Alejandra despertó, tenía la cabeza sobre la mesa, sus amigas bailaban a varios metros, se habían olvidado de ella. Se levantó y, aunque notó que apenas podía caminar, lo hizo. Tenía ganas de ver a Rosendo, golpearlo por llamarla puta, patearlo en los testículos, ver cómo se retorció de dolor y luego tomarlo entre sus brazos, besarlo y hacer el amor como desaforados. Mientras esas imágenes se revolvían cual remolino en su cabeza, se alejaba más de la fiesta, se había escabullido de sus amigas, de sus compañeros, de la fiesta misma. Todo era oscuridad, luego sintió los brazos de alguien. “Rosendo...”, susurró su nombre, “Rosendo...”, pero de esos dos rostros que la miraban y le sonreían ninguno era el de Rosendo. Es, pensó, el demonio. *Mira, Rosendo, me están llevando al infierno, como lo deseaste.* Pero el infierno no era tan macabro, esto era algo peor.

Tres días después, Alejandra miró el teléfono. Tenía varios mensajes de sus amigas, sus supuestas amigas, ninguno de Rosendo. Y decidió que a ellas, a Rosendo y a todo el mundo se los podría llevar el carajo.

## Fiebre

Leonardo cruzó la carretera por debajo del puente peatonal, apenas esquivó a un taxista que le mentó la madre. La tuya, pinche ojete, le gritó; la gente lo miraba de lejos y cuando éste se les acercaba desviaban la mirada. Vestía una playera de tirantes y pantalones de mezclilla rotos de los talones y las rodillas. Encendió un cigarro y caminó por la terracería, la noche anterior cayó un aguacero de aquellos, todo seguía húmedo y encharcado. Pinche San Caye, nomás no progresa, está igualita que cuando la dejé. Ya empezaba a hacer frío y aun así las manos le sudaban. Ahorita le hablo a Carlita y nos pelamos de aquí, allá donde vamos nada te va a faltar, ya verás cómo me lo agradeces.

¡Oye, tú! Y ahora ¿qué haces por acá? Era el Hijo del Diablo, así le decían en San Cayetano, un chamaco de veinte años que ya le entraba a todo: alcohol, hierba, pastas, ácidos, pero que era más conocido por su exaltada violencia y por incitar a otros a delinquir. Y no iba solo, lo acompañaban, como siempre, el Canas —porque desde morrillo tenía canas— y el Sapo, porque un tiempo fue militar, sólo que desertó, pues lo suyo lo suyo eran las fiestas, el alcohol y los amigos. Estos dos sonreían como si hubieran encontrado un tesoro. Rodearon a Leonardo, quien al verse superado en número decidió mejor no hacer nada y ver qué pasión; después de todo, no podían quitarle nada, ni dinero llevaba.

El Hijo del Diablo lo rodeó con el brazo por encima del hombro como viejos amigos, te estábamos esperando para que invitaras las chelas, ¿cómo ves? No, pues, no traigo ni madres,

miren, ando bruja y a patín. Ya ves cómo eres, pues ni modo, carnal, ahora te invitamos nosotros, la próxima te toca. No puedo, vengo a ver a Carla. Esa vieja ni en su casa ha de estar, ya ni vive aquí, se la pasa en el centro de Toluca con sus cuates los fresas, ya ves cómo se volvió desde que sus jefes la sacaron de la escuela, ahora nomás se la pasa bebiendo en los bares y ni invita la desgraciada. Pero me dijo que estaría hoy, vengo por ella. Ni madres, tú no vas a ningún lado hasta que *pistees* con nosotros o de mínimo un toque como en los viejos tiempos. Hoy no, cabrones, no tengo tiempo, he decidido dejar esas cosas, nomás apendejan a uno, vean cuánto tiempo he desperdiciado por culpa de esas madres; si quieren un consejo, ustedes también deberían de dejarlas. Nadie te está pidiendo consejos, mamón, y será mejor que no nos rechaces, sabes que no nos gusta que nos hagan el feo en nuestra propia casa. Les acepto una cerveza, dijo Leonardo para ver si así se tranquilizaban.

Cuando llegaron a La Tiendita, el Sapo pidió tres caguamas. El tendero miró a los jóvenes que de verdad se veían bien raros, sucios, rotos. Leonardo con playera de tirantes ¡y con el frío que hacía! ¿Ahora en qué andas, Diablo?, preguntó el tendero. No soy Diablo, soy el Hijo del Diablo. ¿Y qué andan haciendo ahora? Nada, nomás de ladillas; nos va a vender ¿o qué? El tendero, que se llamaba Rafael, no se la jugó, no de nuevo, y les dio sus cervezas, esta vez sí le pagaron y salieron del lugar, gracias, don Rafa.

Ahora sí dinos, ¿a qué viniste, pinche Leo? Les digo que vine a ver a Carla. Pero sus jefes no te quieren. Ya lo sé, ¿creen que eso me importa? La última vez que viniste la encerraron como una semana, la sacaron de la escuela y no la dejaron ir ni al trabajo; dicen por ahí que hasta la golpearon, ¿verdad, Canas? Sí, es mi vecina y desde mi casa pude escuchar sus gritos, parecía película de terror, un asesinato. Leonardo se apretaba los nudillos de sólo pensar que todo eso fuera real, aunque conocía a esos tipos: un grupo de mentirosos, drogadictos, alcohólicos

sin oficio ni beneficio; cuando era más joven se llevaba con ellos, eran sus cuates, ahí conoció a Carla, la más chula de San Cayetano, decía Leonardo. Sí, era una mujer hermosa, delgada, de piernas de popotitos, así le gustaban, cabellos bien largos y bien negros. Fue toda una vorágine hablarle e invitarla a salir, porque a pesar de que era una chica introvertida y él un granuja, también era bien sangrona y con puro fresa se juntaba.

Leonardo era bien conocido en ese lugar por juntarse con los Diablos, como les decían en San Cayetano, y cuando los padres de Carla se enteraron de que su hija salía con Leonardo, hicieron lo imposible para que se alejara de él. Hasta intentaron levantar una denuncia y así lograr una orden de restricción, pero sin delito y con Carla resistiéndose no lograron nada. Solamente amenazaron a Leonardo, la próxima vez que te vea por aquí, te mato, le dijo el padre de Carla, yo mismo te mato. A Leonardo poco le importaban las palabras de ese señor, pinche ruco, ¿qué le importa?, Carlita y yo nos amamos, usted sale sobrando. Por eso había decidido, esa misma tarde, que iría por Carla, la llevaría hasta su departamento en el mero centro de Toluca, ahí se quedarían un par de días y luego partirían a Querétaro, vivirían juntos el resto de sus vidas. Carla había prometido esperarlo a eso de las seis de la tarde, cuando sus padres no estaban.

Yo que tú me olvidaba de esa vieja o, mejor aún, dijo el Hijo del Diablo, róbatela. Pues es lo que voy a hacer, pendejo. Pero róbatela enserio, quizá deberías de matar a su padre, que es el más cabrón, si él está ahí, tú no podrás acercarte a su hija, tenlo por seguro, ya sabes cómo es. Ese viejo loco me la pela, Carlita y yo tenemos un plan y nadie nos lo arruinará. Pues entonces hazlo, mávalo, y para darte valor date un toque. El Hijo del Diablo le ofreció mariguana, y el Sapo, además, llevaba cocaína; Leonardo aceptó la coca y el porro, encendió el cigarro, no muy convencido de hacerlo, pero con la sangre hirviendo después de lo que le habían contado.

Fumó mucha marihuana y bebió grandes cantidades de alcohol, además había esnifado cocaína para inhibir los efectos depresivos de las otras sustancias. El Canas, el Sapo y el Hijo del Diablo reían a carcajadas, Leonardo también lo hacía, aunque no sabía de qué se reía, sólo lo hacía y ya. Su cuerpo pesaba toneladas, entonces perdió todo ese peso y era más ligero que una pluma, sintió que podía volar y que sus alas eran las alas de un dragón. Leonardo sacó la navaja que siempre llevaba consigo y caminó con el torso desnudo hacia a la casa de Carla. El Hijo del Diablo lo alentaba, los demás ya ni lo miraban.

La lluvia caía precipitadamente y el cielo se había oscurecido, por eso los faroles estaban encendidos y Leonardo, a lo lejos, sólo era una silueta de agua. Estaba empapado, las drogas lo hacían sentir cada vez más desorientado, pero valeroso, y en su mente tenía una sola palabra: Carla. Llegó a su casa, intentó tocar la ventana que estaba en la planta alta, siempre lo hacía arrojando una piedra pequeña para llamar su atención, sólo que esta vez tomó una roca grande y dura y al arrojarla el cristal de la ventana se rompió en pedazos.

El estruendo llamó la atención de los dueños, quienes salieron de inmediato, Carla también salió; por la ventana miró a Leonardo, nada le parecía más masculino que un hombre bajo su ventana con el dorso desnudo, ebrio y drogado tratando de llevarla consigo. Se metió a su casa de inmediato. Quizá esa noche sería un caos, penetrante y fulminante caos, pero qué sería de la vida sin éste, no habría existido siquiera, porque el caos originó el universo, venimos del caos y en caos nos iremos. Cuando Carla salió, con un morral en la espalda, Leonardo peleaba con su padre. Él y su compadre, que era su vecino, lo golpeaban con palos de escoba, piedras y botellas de vidrio; Leonardo se cubría y de vez en cuando soltaba navajazos al aire, que ni siquiera estuvieron cerca. Los hombres no dejaban de propinarle palazos y botellazos, ya le habían abierto la cabeza, que, por su estado drogado, ni

sentía. La sangre le escurría y se mezclaba con el sudor. Decidió, entonces, perderse en la oscuridad de la calle.

El padre de Carla y su compadre lo vieron alejarse. Exhaustos, pensaron que se había ido, quizá en el camino se desangraría y moriría. Es un pinche drogadicto, ni quien se vaya a preocupar por él, será un dato más en las estadísticas, la nota roja en algún periódico rascuache. Vamos, compadre, tomemos una charanda que traje de Michoacán para el coraje. Una luz anunció el regreso del caos, junto con un ruido feroz, como el de una máquina de guerra, constante y ronca. Leonardo conducía una motocicleta roja. Cuando pasó justo frente a la casa de Carla, ella salió corriendo con el morral al hombro y se montó en la parte trasera, ambos salieron disparados a más de cien por hora; pronto, el padre y el compadre dejaron de ver y escuchar al raptor y a Carla.

Llegaron al departamento de Leonardo, una habitación que él mismo rentaba, pues su madre, que ya no soportaba su rebeldía, su adicción a las drogas y al alcohol ni su violencia, había decidido correrlo de su casa. Le dio un poco de dinero para que rentara un departamento y posteriormente él mismo pagara la renta como pudiera. Leonardo usaba ese lugar para hacer fiestas de alcohol y drogas con sus amigos; cuando decidió que Carla se iría a vivir con él, apenas acomodó un poco los muebles: una mesa vieja con tres sillas, un colchón individual bastante gastado y un sofá viejo que había encontrado en el basurero y que él había decidido que podía darle uso.

Entraron, Carla había estado ahí muchas veces y se percató de que las cosas estaban ordenadas. ¿De dónde sacaste esa moto? La robé, la robé para ti. Leonardo apenas podía caminar y ni siquiera fue consciente del viaje precipitado y el peligro de recorrer varios kilómetros de carretera bajo la lluvia, que en ningún momento había cesado. Llegaron ahí de milagro y ninguno de los dos parecía percatarse de ello. Su ropa

se le había ajustado por la humedad, se desprendió de ella y se dejó caer en el colchón. Carla lo miró, se arrodilló hasta ver directamente su rostro, tocó su frente y algo le dijo, algo que Leonardo jamás escuchó.

Las paredes daban vueltas, el piso se abría y múltiples voces estruendosas golpeaban sus tímpanos. De entre todas ellas, sólo pudo distinguir la voz de su madre, aquella que jamás olvidaría, fuera en el infierno o en el paraíso, esa voz le acompañaría eternamente. Pero las demás sólo eran gritos sordos, cada uno más doloroso que el anterior, parecían querer derretirle el cerebro que crecía cada vez más, en cualquier momento rompería su cráneo y saldría como un fluido viscoso y sangriento. Distinguió, luego, otra voz, Carla, Carlita, ¿qué me estás haciendo? Ella se movía precipitadamente, iba y venía, también gritaba, sólo que no podía escucharla. Luego desapareció dejando una silueta negra con dos alas abiertas. Había emprendido el vuelo lejos, bien lejos. ¿Hacia dónde? Leonardo sintió sofocarse y perecer. Si ésta es la muerte, la recibo con coraje. No lo era.

Cuando despertó, completamente desorientado, cubierto de varias cobijas gruesas, trató de levantarse inmediatamente y un dolor profundo en la cabeza se lo impidió. De su boca salió algo delgado y largo. Ya despertaste, escuchó una voz que no pudo distinguir como pensó que lo haría, pues se incorporó creyendo que era Carla, pero era su madre. ¿Qué... haces aquí?, le preguntó. Ella no respondió, sólo lo ayudó a sentarse, tomó el termómetro que su hijo había arrojado al despertar y revisó si algo le dolía, pues toda la noche se preguntó si tenía algún hueso roto. ¿Carla, dónde está Carla? Su madre siguió sin responder, miró el termómetro y susurró más para ella que para él: ya bajó. Carla, Carla, repetía Leonardo incesantemente. Ya cállate, Leonardo; su madre hizo que se levantara y, una vez segura de que no hubiera fracturas aparentes, lo sentó a la mesa y le sirvió un plato de sopa. Leonardo la miró sin probar bocado y en

completo silencio, que no fue roto sino hasta que la olla de café empezó a silbar.

Esa mujer ya se fue y no volverá, dijo su madre. Leonardo no dijo palabra alguna, no tenía fuerzas. Su padre llegó aquí anoche, yo vine porque ella me llamó por teléfono, que te estabas muriendo, sangrabas y decías y hacías cosas. Ni un día te aguantó la pendejita esa, su padre se la llevó a punta de maderos y seguro te hubiera matado si no estuviera yo aquí, ya no volverá, será mejor que la olvides de una vez por todas, se la llevarán lejos, de eso estoy segura, y tú también lo harás; algunos meses en rehabilitación te harán bien, por lo menos sabré donde te encuentras día y noche. Y aunque sentía rencor y odiaba a su madre, al padre de Carla y a Carla por irse, no podía hacer más nada, no ahora que se veía como un animal salvaje sedado que tiene su vida en otras manos.





## El diagnóstico

Para Mariana, la llegada de su primogénito fue la más grande de las bendiciones, pues desde joven soñó con ese momento de la vida en el que la grandísima gloria de Dios le confiaba una familia. Engendrar un hijo, a pesar de que los médicos siempre le dijeron que era una mujer sana, era un milagro. Había crecido leyendo historias, mirando telenovelas y escuchando anécdotas de mujeres que, por más que se esforzaban, no podían concebir. Y era tanto su temor que, cuando el médico le dio la noticia de su embarazo, escurrió en lágrimas de felicidad, pues había triunfado.

El pequeño nació con un peso ideal, sano, ninguna complicación. Mariana estaba radiante. Arnulfo, su esposo, también estaba contento y juntos criaron a un varón al que llamaron Samuel. Samuel creció rodeado de mimos y regalos, nada le faltaba y lo que quería lo obtenía en cuestión de minutos; Mariana, para no hacer esperar a su hijo cuando tenía un antojo, compraba, como parte de la despensa mensual, decenas de chocolates, frituras y dulces. Así, Samuel sólo tenía que estirar la mano o, cuando se había acabado su dotación, llorar para que sus padres volvieran a surtirlo de golosinas.

Sus familiares, al mirar el comportamiento del niño, reprochaban a sus padres lo malcriado que era. En ocasiones tenían que ofrecerle un chocolate o una paleta solamente para que saludara a las visitas, de lo contrario, el niño se negaba y comenzaba a patear los sillones que ocupaban.

—Es sólo un niño, se le pasará con el tiempo —decía Mariana mirando con cariño al travieso Samuel, que en ese

momento mordisqueaba el respaldo de madera de uno de los sillones.

Cuando, eventualmente, el niño enfermaba, era todo un caos en la casa, su madre no permitía que nadie entrara a mirarlo, pues podían agravar su situación infectándolo con algún virus de la calle. Tampoco dormían ni ella ni su marido, pues Mariana velaba junto a la cama de su hijo y Arnulfo cumplía con la tarea de ir por medicamentos y víveres; por supuesto, él no podía entrar a ver al niño, pues estaba en contacto directo con bichos de quién sabe dónde. Samuel, quizá, sólo se había resfriado por jugar bajo la lluvia o tenía un dolor de estómago por comer decenas de chocolates; sin embargo, para Mariana era un caso severo y había que tener los máximos cuidados.

Por eso habían decidido no llevarlo al médico, si no que el médico fuera a verlo a él, así no expondrían tanto al niño. Sólo cuando el médico, explícitamente, decía que Samuel estaba recuperado, Mariana le permitía salir nuevamente. Y como había aprendido a obtener lo que quería ante cualquier situación, aprovechaba sus “enfermedades” para pedir más golosinas.

Cuando Samuel era un adolescente ya no lo satisfacían con caramelos, si no que ahora tenía nuevas y más divertidas adicciones: jugar por horas en la computadora, deportes extremos y fumar a escondidas con sus amigos. Todas las tardes salía con los chicos de la cuadra, quienes, a su manera, también eran jóvenes rebeldes; algunos no tenían padres y habían sido criados en casa de sus abuelas, otros tenían un padre alcohólico y unos más simplemente no tenían respeto por las figuras paternas. Así, Samuel poco a poco fue conociendo otras sustancias, aunque era un joven temeroso, pues había crecido viendo documentales sobre el uso de drogas. Sus amigos, sin embargo, lo animaban a perder ese miedo.

En casa, lo seguían tratando como al pequeño Samuel. Era consentido, cada vez menos respetuoso, pero al final, el hijo de

papí y de mami; al cumplir los dieciocho le obsequiaron su primer auto, un Mazda último modelo al que Samuel quería más que a sus propios padres.

Con su nuevo auto, Samuel era la sensación, diariamente salía a dar el rol, subía a sus amigos e invitaban a las mujeres del vecindario. Regresaba a casa hasta muy tarde, encontraba a su madre en un mar de lágrimas, preocupadísima por su hijo, y a su padre tratando de consolarla.

—Tranquilos, sólo salí a dar un paseo —era lo que decía Samuel sin dar mayor importancia.

Un día, a pesar de todas las precauciones que Mariana había tomado para que su hijo no sufriera padecimientos físicos, Samuel enfermó gravemente. Una llamada telefónica le avisó que Samuel había sufrido un desmayo, Mariana salió corriendo, tomó un taxi y se dirigió al parque donde había sido hallado Samuel. Cuando llegó al lugar, encontró que su hijo estaba despierto, aunque con la mirada perdida, no lograba articular palabra y no reconocía a su madre.

—¡Por favor!, llamen a una ambulancia —gritaba Mariana, desesperada, mientras le hacía oler torundas con alcohol para que “despertara”.

Cuando finalmente se llevaron a su hijo, Mariana esperó el diagnóstico del médico, caminando de un lado a otro, mientras hacía conjeturas sobre lo que podía haber causado el daño. La comida, tal vez; el pescado quizá no había sido lavado adecuadamente o el arroz hervido lo suficiente. También podía haber sido el postre, seguro que esas fresas no estaban bien lavadas, ni siquiera las habré desinfectado adecuadamente, se decía enfurecida consigo misma.

Sin embargo, cuando el médico salió con el rostro completamente serio, se acercó a Mariana con la bitácora en mano; ella, pálida y preocupada, preguntó:

—Por favor, doctor, dígame que mi hijo está bien, ¿qué le ha pasado?, ¿qué pudo causarle daño?, ¿qué virus tan terrible lo ha atacado? Ya no me haga esperar más.

—Señora, cuando su hijo despierte, tendrá que darle muchos líquidos, un jugo, unos huevos fritos y una buena tunda. Está borracho, tuvo una congestión etílica.

## La culpa

Mario escribía una carta a su vecina, la mujer que vivía un piso arriba del suyo. Ella era pálida, le recordaba a una perla, con un tenue color rosado en las mejillas. Si hubiera podido elegir, la llamaría Perla, pero se llamaba Susana y cuando lo descubrió sintió que parte de su magia se disipaba. Sin embargo, eso no impidió que ella le siguiera gustando.

Todos los días la escuchaba, desde las seis de la mañana, caminando de una esquina a la otra en su departamento, que sería del mismo tamaño que el de Mario, pero con diferente decoración. Sus pies descalzos golpeaban el piso y Mario contaba sus pasos. Cinco de su cama al baño, seis del baño al comedor, largos y apresurados. Encendía la cafetera y regresaba a su habitación, luego salía otra vez al baño y abría la ducha. Mario, acostado todavía en su cama, aspiraba su cigarro y exhalaba el humo mientras juraba escuchar cómo la bata de Susana resbalaba de su cuerpo, que seguramente parecería marfil tallado. Mario medía el tiempo, diez minutos, después volvía a escuchar sus descalzos pies dirigiéndose a su habitación y la cafetera chillando.

Ese día, al escuchar la puerta abrirse, Mario se levantó apresurado. Los pasos de Susana eran diferentes, más fuertes, pues calzaba tacones; bajó las escaleras y, como casi todos los días, vio a Mario en el umbral de su departamento. Él aparentaba llevar tiempo ahí, leyendo su libro, tomándolo con una mano y en la otra sosteniendo una taza de café.

—Hola, Susana —le dijo él, y Susana respondió con una sonrisa—, sé que llevas prisa, pero quería invitarte a tomar un café esta noche.

—Perdóname, saldré con mis amigas después del trabajo, quizá mañana.

—Mañana me parece perfecto.

—Bien, quedamos más tarde.

—Espera, espera, Susana —Mario sacó la carta de entre las páginas de su libro y se la entregó—. Espero que la leas —le dijo. Susana se sonrojó, le agradeció la atención y siguió su camino.

Pasos largos, apresurados y ruidosos por los tacones. ¿Qué pensaría de Mario?, a quien siempre encontraba debajo del dintel de su puerta, tomando café y leyendo un libro. Será un holgazán, ¿acaso no trabaja?, ¿a qué se dedicará? En alguna ocasión escuchó que era escritor, ¿en qué trabaja entonces?, se preguntaría. O a lo mejor es como ese tal Parménides, que sus padres le compraban ropa, comida y le pagaban la renta, mientras él sólo perdía el tiempo escribiendo quién sabe qué cosas; ojalá fuese así, deseaba Mario mientras se hacía esas conjeturas, porque en realidad no tenía idea de lo que Susana pensaba sobre él.

Por eso le escribía cartas, para presentarse de alguna forma, decirle que sí, que era escritor —escribía reseñas de libros en diarios y revistas virtuales—, pero pronto daría a conocer un poemario, lo que daría pie a su carrera de poeta. También le escribía cartas a Susana, porque el día del café todavía no llegaba y esperaba recibir, algún día al despertar, una misiva de ella en su buzón.

Varias veces Susana tuvo que cancelar el café, pues tenía juntas de trabajo o citas con sus amigas o su familia. No obstante, aseguraba haber leído sus cartas, le parecía romántico que todavía existieran hombres que las escribieran.

—Muchas gracias por la carta, es muy linda —le dijo un día que lo encontró al bajar las escaleras—. Entro a trabajar a

las siete, saldré a mediodía a comer algo, si gustas nos podemos ver en la cafetería a esa hora, sólo un rato.

Mario aceptó, ¿cómo no iba a hacerlo?, y se preparó para la cita. Esa mañana tomó un baño, desayunó poco, pues guardó espacio para el café con Susana, y escribió una carta, otra, que le entregaría ese día durante su cita, con la esperanza de recibir una respuesta, tal vez, también escrita. Esa idea le pareció idílica, mas no imposible.

Afuera, el cielo estaba cubierto de nubes grises y una leve brisa cubría la ciudad. Eso a Mario le pareció perfecto, romántico quizá. Llegó diez minutos antes de lo acordado, colocó la carta en el lugar que había reservado para Susana. Cuando ella llegó, sonriente como siempre, tomó la carta, agradeció efusivamente y la guardó en su bolso. Bebieron café, comieron panqueques y sándwiches y por vez primera hablaron largo y tendido. O al menos eso fue lo que hizo Mario, quien hablaba de una cosa y la otra, de lo que le gustaba leer y lo que escribía. Susana parecía interesada y hacía preguntas que Mario respondió más efusivo todavía. Luego le preguntó a Susana y ella respondía aprovechando su tiempo de hablar para hacerlo contundentemente, sin eufemismos. Soltera, veinticinco años, vive sola, sus padres radican en otra ciudad, los visita todos los fines de semana y días festivos, sus pasatiempos son la danza moderna y las series de televisión románticas. Para ella el tiempo es dinero, eso lo había aprendido en su trabajo.

—Mira qué hora es —dijo—. Tengo que regresar al trabajo.

Mario sentía que apenas comenzaban a platicar, a conocerse. Quiso levantarse con ella, decirle “te acompaño, voy contigo”. No obstante, dejó que Susana se levantara de su asiento, pagara lo que ella había ordenado y saliera de la cafetería.

Sólo compartieron teléfono, no se tenían en las redes. Así que Mario esperaba a que llegara a casa y que sus tacones notificaran su regreso. No lo hicieron esa noche. Como en anteriores

ocasiones, quizá llegaría en la madrugada o se quedaría en casa de una amiga para llegar al día siguiente. Pero no.

Pensó en llamarle por teléfono, ¿por qué no llegaste anoche?, pero qué forma de proclamarse acosador, algo así la ahuyentaría inmediatamente. ¿Estás bien? No, mejor otro pretexto, sólo saludarla, aunque era demasiado pronto, apenas había pasado un día. Quizá había salido lejos, un viaje de trabajo, de placer o para visitar a su familia. Apenas era martes, miró el calendario, no era día festivo y ella no había mencionado nada al respecto, pero ¿por qué lo haría?, apenas se conocían. Qué raro, se dijo, y ya.

Los días pasaron y ella no llegaba, buscó en Facebook, no encontró su perfil. ¿Por qué no se lo pedí?, se lamentó. Después de pensarlo un rato, decidió llamarle por teléfono, ya habían pasado varios días, podía invitarla a salir de nuevo. Un silencio largo, ningún tono de llamada, y luego directo a buzón. Remarcación rápida, otra vez silencio y luego el buzón, intentó marcar manualmente, el sonido cambió: *El número al que intentas marcar no existe.*

—Pinche vieja —se dijo mientras soltaba el teléfono.

Varias semanas después, despertó por los ruidos provenientes del piso de arriba, pero no eran los tacones ni los pies descalzos de Susana y sus movimientos nada tenían que ver con los habituales, no era su rutina, en realidad no era ella. Eran varias personas yendo y viniendo de un lado a otro, apresuradas, eso sí, como Susana. Mario se levantó, salió de su departamento y esperó a que, quien fuera que estuviera arriba, bajara. Eran personas cargando los muebles de Susana, era una mudanza.

—Pinche vieja —volvió a decir Mario—, no me dio su teléfono y tampoco fue lo suficientemente honesta para decirme que se mudaría, que se iría de aquí. Creo que confundí las cosas, quizá le escribí tantas cartas que terminaron por espantarla. Conozco a las de su tipo, no te enamores de mí, no es bueno, no soy buena para ti, mereces a alguien mejor. ¡Bah!, patrañas. Pinche vieja.

Y, sin más, entró de nuevo a su departamento. Las personas de la mudanza subían y bajaban, hacían ruido arriba, azotaban los muebles. Mario se colocó los auriculares y puso música para no escucharlos.

Mario había dejado de pensar en Susana, su perla. Ya sólo tenía, de ella, un número falso y varios borradores de las cartas que le escribió. Un día tomó uno de esos borradores, lo leyó, arrugó esa hoja y la tiró a la basura. Se sentía avergonzado de lo que había escrito, estúpido, pues Susana ni siquiera tuvo la decencia de informar que se mudaría y lo había tomado por tonto al darle un número falso o cambiarlo al poco tiempo, sabrá Dios lo que realmente hizo.

Una tarde, cuando había olvidado el asunto o al menos ya no le daba tanta importancia, encendió la computadora; buscaría alguna película en internet, luego se prepararía la merienda y leería el libro a reseñar esa semana. Pero antes, como siempre que encendía la computadora, entró a Facebook, donde vio chistes, cadenas de oraciones, noticias deportivas, a todo le dio *scroll*; por esa razón ya casi no usaba Facebook, porque estaba plagado de material *quitatiempo*, sólo entraba para comunicarse con sus amigos que, de hecho, cada vez eran menos, pues su trabajo demandante y “aburrido” era absorbente. Sabía que las redes sociales están diseñadas para ser infinitas, entre más se desplazaba por la pantalla, más publicaciones aparecían; estaba a punto de cerrarlo cuando un rostro se le hizo familiar, era un rostro pálido, como una perla. Inmediatamente se detuvo, era Susana, y debajo de su foto había una nota:

*Susana Rojas, piel blanca, cabello castaño oscuro, 25 años, 165 centímetros de estatura, complexión delgada, tiene un lunar en el lado derecho del cuello. Si la has visto, comunícate a los teléfonos indicados, su familia está desesperada. Salió del trabajo el lunes 5 de agosto y no se le volvió a ver.*

Mario temblaba, volvió a leer por si acaso se referían a otra Susana; él la había visto ese mismo día, comieron juntos y luego regresó a su trabajo. No había dudas, era ella. En el buscador colocó su nombre: Susana Rojas, e inmediatamente encontró la misma publicación compartida por decenas de personas. Sin embargo, entre esas publicaciones también había otra:

*El cuerpo de una mujer, desaparecida el pasado lunes 5 de agosto, fue hallado a la orilla de una carretera. Después de las investigaciones periciales se confirmó la identidad de la joven, Susana Rojas.*

La sangre se le subió a la cabeza, mareado, cerró la computadora de un golpe. Se dirigió al piso de arriba, el departamento estaba vacío, sólo había un letrero que decía: *Se renta*.

Llamó a la casera.

—Sí, soy Mario. Disculpe que la moleste, sólo quiero preguntarle sobre la inquilina del 302 —silencio, suspiros, silencio más largo— entiendo, muchas gracias —y colgó.

Mario quería escribir una carta a su vecina, la mujer que vivía un piso arriba del suyo, para invitarla a tomar un café y no dejarla marchar sola.

## Muñecas

Compré una muñeca de porcelana, Ana, decía la etiqueta y el certificado. Es curioso que las muñecas tengan papeles. “Es para comprobar que es una muñeca original”, me dijo el vendedor. Sin embargo, pienso, un certificado es más fácil de falsificar que la muñeca misma.

No colecciono muñecas ni juguetes, a decir verdad, no colecciono nada. Compré a Ana para Matilde, mi novia, pero ella la miró sin curiosidad, la tomó y la colocó dentro de su caja; “luego le busco un espacio en la vitrina”, dijo. Como no quise discutir, no dije más.

Pasadas unas semanas, noté que la muñeca ya no estaba en la vitrina donde la había colocado Matilde. Imaginé que, al final, la muñeca no había sido de su agrado y simplemente la había ocultado. Por otra parte, Matilde parecía muy feliz esos días, la notaba radiante. Después de comer, subimos a su habitación; como de costumbre, leeríamos algo, nos besaríamos, escucharíamos música y nos volveríamos a besar hasta sucumbir en un estallido de pasión que culminaría con los dos bajo las sábanas. Cuando llegamos a su recámara, su cama estaba hecha un desastre, aunque ella normalmente era muy ordenada, y entre las sábanas blancas, bien acomodada, se encontraba Ana.

—Veo que siempre sí te gustó la muñeca —le dije mirando a Ana.

Matilde sonrió sin decir más. Cuando intenté besarla, algo me detuvo, la mirada de Ana me perturbaba porque siempre estaba dirigida hacia nosotros. Le arrojé prendas encima, que

terminaron cayéndose, intenté voltearla, tirarla al suelo, pero nada funcionó.

—Hoy no —le dije a Matilde, reprimiendo el deseo.

Meses después, cuando iba a la casa de Matilde y subíamos a su habitación, Ana siempre estaba ahí.

—¿Por qué la cuidas tanto?, ¿por qué no la colocas en la repisa?

Matilde evadía mis preguntas y hasta fingía molestia, así que dejé de hacerlas. Pero la muñeca siempre estaba presente, en la cama, entre nosotros dos, se había convertido en un muro infranqueable porque, incluso cuando no estábamos en su habitación, ella hablaba de Ana.

—Ya come sola —decía Matilde.

—¿Qué quieres decir? —le preguntaba.

Y contestaba como si la muñeca fuera un bebé, un recién nacido, la cuidaba como tal, incluso empezó a llevarla consigo a todos lados. Me desconcerté muchísimo cuando, un día, la hallé amamantando a la muñeca. Estaba en el sofá, la muñeca en sus brazos y su pecho izquierdo en los labios de Ana.

—¿Te sientes bien? —le pregunté tratando de quitarle la muñeca, a lo que Matilde se negó.

—Se acaba de dormir —me dijo y comenzó a cantarle en voz muy baja.

Duerme, querida,  
duerme, mi niña,  
tus ojos, por hoy, cierra,  
y mañana que al sol contemplan.

Perturbado, simplemente la miré, Matilde me sonrió.

—Anda, mi amor, prepara la cena, yo acostaré a la bebé —me dijo.

Preparé algo de cenar, pensando respuestas que sabía no existían. Durante la cena, Matilde no dejaba de hablar de Ana, que ya tenía pensado dónde cursaría su educación, que por la mañana la llevaría al parque, le compraría un vestido nuevo y comerían helado.

—¡Matilde!, es sólo una muñeca —le dije. Ella me miró y la sonrisa que tenía en el rostro se desvaneció lentamente hasta tornarse en una mueca horrorosa, fulminándome con la mirada.

Terminé de cenar y me fui a casa, no sin antes decirle a Matilde que, si su comportamiento seguía así de raro, mejor no me llamara, que no volvería hasta que recobrarla la cordura. Y no la vi durante semanas, en las cuales no me llamó ni yo a ella. Pensé en volver, hablar con Matilde, abrazarla, besarla y luego llevarla con un psicólogo. Llamé por teléfono y me contestó una voz femenina que no era la de mi novia.

—¿Qué quieres ahora? No quiero verte más por aquí —dijo con altivez aquella voz desconocida.

—¿Quién eres tú? —contesté, pero no recibí respuesta, pues colgaron el teléfono.

Semanas después, decidí que había pasado tiempo suficiente. Fui a casa de Matilde, me recibió, aunque con notable molestia. No me invitó a tomar asiento ni mucho menos algo de beber y, cuando me ofrecí a preparar la cena, simplemente me miró a los ojos y dijo:

—¿Te olvidas de tu hija?, hace tanto que no la ves y ni siquiera preguntas cómo está.

¡Estaba loca!, tan loca como su madre que en ese momento bajó las escaleras, era ella quien me había contestado el teléfono, lo supe porque, al bajar, gritaba: “¡Te dije que no quería verte por aquí!”.

—Pero ¿qué les pasa?! —grité también, en un ataque de histeria.

No debí hacerlo.

Ambas mujeres se acercaron a mí, Matilde tomó a Ana, la muñeca, y la llevó consigo, la colocó frente a mi rostro y dijo entre lágrimas:

—No puedo creer que seas un sinvergüenza, mal padre, machista, hipócrita.

Continué gritándome insultos, retrocedí aterrado al ver sus rostros endemoniados.

—Si no querías ser padre —continuó la madre de Matilde—, debiste pensártelo mejor, antes de meterte con mi hija.

¿Ambas habían enloquecido?

De algo estaba seguro, yo no estaba loco, no podía estarlo, pues siempre tuve cuidados, precauciones. Quería a Matilde, pero no para tener hijos con ella. Regalarle esa muñeca no era para suplir el deseo que ella tenía, sino mi forma indirecta de decirle “no quiero tener hijos contigo”. Pero al hacerlo, ella y su madre habían tomado el mensaje de otra manera. De alguna forma, la habían adoptado como a un ser vivo y me acusaban de padre irresponsable.

Los gritos llenos de insultos no terminaron ahí ni ese día. Constantemente recibía llamadas de Matilde, exigiendo manutención para *mi hija*. Creí que llevándola al juzgado por acoso hacia mi persona la cosa terminaría, pero todo mundo parecía estar en mi contra. El juez resolvió que debía entregar un porcentaje de mis ganancias para Ana, hasta que cumpliera la mayoría de edad o terminara sus estudios universitarios.

El mundo se volvió loco, ahora adoptan muñecas, pensé. Un llanto, el de un bebé, se hacía cada vez más fuerte en mis sueños, siendo éstos interrumpidos constantemente. Y luego seguía la voz de Matilde:

Despierta, querida,  
despierta, mi niña,

tus ojos abre,  
la luna ha crecido,  
las sombras devorado.

Una tarde, decidí finalizar con esa pesadilla, me largué de la ciudad. Allá a donde iba no tendría que soportar la locura de Matilde ni de su madre, sólo estaría yo y mi alma. Sin niños, sin manutención, sin llantos de bebé.

Tiempo después, conocí a Clara, una mujer muy bonita de quien me enamoré. Clara también se enamoró de mí, tanto que después de algunos meses me pidió que tuviéramos un hijo.

—¿Un hijo?, ¿para qué? Estamos bien solos, ¿o no?

Clara me miró con melancolía, bajó la cabeza y no pude evitar sentirme triste con ella. Le besé los labios y pronto fuimos víctimas de nuestra pasión desbordante.

Nueve meses después, nació una niña. No podía creer lo que veía, era el fruto de una semilla que había negado por mucho tiempo. Por supuesto, la llegada de mi hija vino acompañada con llantos, desvelos y trabajo extra no remunerado. Casi no tenía tiempo para dormir, apenas comía por atender no sólo a la niña, sino también a Clara, quien no podía hacer grandes esfuerzos.

Por eso, el poco tiempo que tenía para mí lo aprovechaba para salir a tomar aire fresco, caminar por las calles y entrar a las tiendas. Ahí me encontré con una de muñecas de porcelana, bien vestidas, bien peinados sus caireles amarillos, negros o rojos. Sus vestidos virreinales me recordaban a Ana. Sólo por curiosidad, pregunté si contaban con certificado, sí lo tenían. Compré una muñeca, firmé su certificado y salí de la tienda. ¿Para qué la compré?, me pregunté después y decidí regalársela a Clara.

Sin embargo, antes de poder decirle algo, noté que Clara tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¿Qué te pasa?, ¿todo bien? —La tomé entre mis brazos.

Clara me explicó que recibió una llamada. Una mujer que se hacía llamar Matilde le anunció que necesitaba hablar con ella. Concretaron una cita, en la cual Matilde le dijo que yo tenía una hija, Ana, se la presentó. “Tiene los mismos rasgos que nuestra hija y se parece muchísimo a ti, parecen dos gotas de agua”, me dijo Clara. “No hay duda, es tuya”.

Solté a la muñeca que llevaba en las manos y se hizo añicos, la porcelana se quebró con estrépito. Entonces escuché un llanto, el de un bebé. “Ana, ¿eres tú?”, pregunté, y el llanto no cesaba.

## La Reina Blanca

*A Guadalupe Camacho, quien leyó,  
escuchó y le gustó este cuento*

Silvia metió la mano al bolso de ese chico que estaba distraído capturando fotos con el celular. Apenas tomó lo que quiso, salió huyendo. Reía y quería contárselo a alguien, pero ¿a quién? Cuando llegó a casa, su madre no estaba, su padre tampoco, aunque él no había llegado desde hacía cuatro días. Su madre decía, socarronamente, que se olvidara de él, quizá ya estaba muerto, ahogado en su propio vómito en algún baldío, con varias botellas vacías a su alrededor.

Silvia se imaginaba perfectamente esa escena que alimentaba su madre y no podía evitar llorar. Aunque su padre siempre regresaba, temía el día en que ya no lo hiciera. Entonces su madre llamaba a su hermano, el tío de Silvia, don Fausto o simplemente Fausto para la familia. Era un cuarentón con dos hijos adolescentes de lo más mamones y fresas, pensaba Silvia, y que, sin embargo, había veces que la trataba como a su propia hija. Y le daban una sermoneada. A ella, que no tenía la culpa de tener un padre alcohólico y violento.

—Lo vieron con el Escuadrón de la Muerte —dijo Fausto. La madre de Silvia negó con la cabeza, con los puños apretados. Silvia tenía miedo de que, en cualquier momento, esas manos se abrieran y fueran directamente a abofetearla. El Escuadrón de la Muerte era, por supuesto, un grupo de alcohólicos y vagabundos que nadie sabía cómo le hacían para conseguir alcohol y estar siempre drogados. Algunas veces los habían visto beber alcohol etílico directamente de la botella o mezclarlo con algún refresco barato.

Ya en la escuela preparatoria a la que asistía, Silvia entró a la sala de cómputo, sacó el iPod robado, lo conectó y copió todos los discos que había comprado con el dinero de su tío o el de su madre, que le daban para desayunar y que, sin embargo, ella sacrificaba por su amor a la música. “Ahora los podré escuchar en cualquier parte”, se dijo. De Burzum, su favorita era “Dunkelheit” y se repetía “Suddenly life has new meaning”. Darkthrone, Mayhem, Venom... Empezó a utilizar *corpse paint*, pero su madre siempre la humillaba frente a su tío y primos, “te ves ridícula”, le decía.

El peor momento de su vida, piensa ella, llegó cuando con el iPod robado tomó varias fotografías, algunos videos y recitó poemas frente a la cámara, con voz en *off* superpuesta en sus videos. Eran fotografías de varias flores de su calle, de la escuela y de su casa, también de algunos animalillos que se escurrían entre la tierra de las macetas, que salían de los charcos de lodo y bailoteaban en la acera. Fotos de las nubes, de los cielos azules, grises, negros, estrellados, naranjas. Silvia tenía una pasión, pero no con quién compartirla.

Una noche, su padre había salido muy temprano y aún no volvía, así que se sentó a la mesa, donde su madre estaba desde hacía horas con su plato de sopa fría e intacta.

—Ma, tomé unas fotos, ¿quieres verlas?

La madre de Silvia levantó el rostro y se encogió de hombros.

—Mira, son las nubes.

—Pero ¿quién fotografía nubes? Mira, nubes grises, se ven horribles. Esas flores están feas, están mejor las que tiene tu tía Cleo. No supiste tomarlas, todas chuecas, ni se nota qué son. ¡Ay, pero qué asco!, gusanos. No, niña, definitivamente no sabes tomar fotos, déjate de tonterías. —Y así, sin saberlo, mató a su hija la ilusión, el deseo profundo que tenía de ser fotógrafa. Ese día, una parte de Silvia murió y nadie lo supo.

Creyó que nunca podría hacer algo bien, que realmente no tenía vocación ni inteligencia para ser artista, luego tomó un lápiz y se dibujó la planta de los pies. Inició sólo como un juego, pero entonces pensó que dentro de su silueta podría dibujar un árbol. Quiso metaforizar las raíces del árbol y las plantas de los pies, sus propios pasos, en cambio había descubierto que le gustaba dibujar.

Sus primeros dibujos eran algunas letras góticas ornamentadas, escribía su nombre, el de su madre, el de su padre ausente. Escribía los nombres de sus bandas favoritas y las líricas grotescas del black metal le parecían poemas. Estaba orgullosa de sus dibujos, así que hizo siluetas humanas, se dibujó a sí misma, delgada, delgadísima y decenas de jeringas penetrando su epidermis.

Tenía un amigo en la prepa, Oliverio, quien apenas hablaba en clase, era como ella, silencioso, solitario y tímido. Así lo percibió Silvia.

—¿Te gusta el black metal?

—No lo conozco —respondió él.

Y le prestó un auricular.

La música tiene la fuerza para transportar al escucha a lugares inimaginables, lúgubres por su conexión con la historia, vivos por su unión con los recuerdos; así la mente juega con imágenes que la vista nunca ha percibido. Oliverio se sintió en el infierno, pero no era un infierno bíblico, era más bien un infierno artístico, lleno de guturales, gritos de sufrimiento y, sin embargo, bellamente nostálgico.

Silvia y Oliverio pasaban horas juntos, iban a la biblioteca, leían a Nietzsche y a Schopenhauer y escuchaban black metal. Un día, le entregó sus dibujos y le dijo:

—Míralos con calma, luego me dices qué te parecieron.

Silvia nunca había tenido alguien que la comprendiera tanto, se sentía, además, querida. Oliverio de verdad la quería e inevitablemente, después de meses de ser confidente de su amiga, se

había enamorado de ella. Muchos estaban enamorados de Silvia. No, enamorados no, se sentían atraídos por su enigmática figura, su rostro blanco, apenas pintado, casi nada, y por su inteligencia que, sin embargo, no aprovechaba en el colegio, pues sus calificaciones eran malas, faltaba mucho a clases, no terminaba los exámenes porque se quedaba dormida o ni siquiera los presentaba porque, por alguna razón, ni se enteraba de ellos.

—No viniste ningún día de la semana pasada, ¿estás bien? Me tenías preocupado. —Le decía Oliverio.

—Estoy bien —reía Silvia— es que me fui con el Pistolas, ja, ja, ja.

—¿Con quién?

—Un amigo, me invitó a su casa y ahí estaban sus amigos, así que nos fuimos a Michoacán.

—Y ¿qué te dijo tu madre?

—Pues me cagó, claro. Pero que se joda, me vale madres.

Silvia había cambiado, no era como Oliverio la había conocido, y pensó que cambiar es parte fundamental del ser humano. Cambiar es natural, no cambiar es lo peor que le puede pasar a una persona, por eso detestaba escuchar a sus compañeros decirse “nunca cambies”, los tachaba de imbéciles. Pero el mejor cambio es el que va de la mano del crecimiento, de la evolución. Silvia, a su parecer, no había crecido, más bien había tomado un camino diferente al que un día había anhelado. Luego, Oliverio sacó los dibujos y se los entregó.

—Están muy bonitos —le dijo.

Ella arrugó la nariz, tomó sus dibujos y los guardó.

—O sea que no son buenos —dijo Silvia, afirmando.

—No, no he dicho eso.

—Ese es el adjetivo más pobre, lo usan solamente cuando no entienden la obra o no les gusta y tampoco quieren herir sentimientos, entonces dicen “está bonito” y así ya no tienen que dar otra opinión. Si mis dibujos te parecen bonitos,

es porque no tienen nada que decir, no te han movido, no causan sensación alguna en ti. Creí que tú sí me entendías.

Oliverio se sintió fatal. Tenía días tratando de declararsele a Silvia, pero, de repente, había dejado de ir a la escuela, luego se aparecía diciendo que estaba con un drogadicto (Silvia, ¿en qué te estás metiendo?) y ahora le reclamaba la poca acertada crítica a su arte.

Lo dejó en el salón, en medio del receso, y no volvió más ese día.

Semanas después, Silvia recargaba su cabeza en el pupitre, Oliverio la veía, pero parecía no querer hablar con nadie.

—¿Qué tienes, Silvia? Háblame.

Silvia se giró a otro lado. Oliverio quería abrazarla, pero no se atrevía, ¿y si era rechazado por ella?, ¿y si le decía algo tan fatal como “no me toques”? Eso le partiría el corazón. Decidió que no se acercaría. En cambio, sólo le decía una que otra palabra para que no se sintiera sola o por lo menos supiera que ahí estaba él. “Cobarde”, se dijo más tarde. Tal vez lo que necesitaba Silvia era un abrazo y no sólo palabras.

En la puerta del salón se presentó la orientadora, llamó a Silvia y Oliverio fue rápidamente detrás de ella.

—Oliverio, este no es tu asunto —le dijo la orientadora.

La madre de Silvia estaba ahí, tenía un aspecto terrorífico. Silvia, bañada en lágrimas, no podía levantar el rostro. Se dirigieron a una oficina y Oliverio, pese a todo, las siguió. Apenas pudo percibir algunas palabras.

—Lo lamento mucho, Silvia —decía la orientadora.

—Todo es culpa de su padre, se lo aseguro —respondía la madre.

—En tres años, si lo desea, puede volver a aspirar a ser nuestra estudiante; mientras tanto, platique con ella, que estudie algo que le guste, que no deje de aprender.

Luego de varios minutos, las tres mujeres salieron. Silvia, que no había dejado de llorar, tenía los ojos muy hinchados.

—¡Silvia! —le gritó Oliverio, pero ni ella ni su madre se giraron a mirarlo.

Oliverio las siguió hasta la salida de la escuela y, finalmente, dijo lo que llevaba meses tratando de decir, escupió las palabras que tenía en la garganta y que le raspaban.

—Te amo, Silvia. Te salvaré, Silvia.

Pero era demasiado tarde.

Meses después, obligada por su madre y su tío, Silvia se consiguió un trabajo en un restaurante. Ahí servía a los comensales, quienes nunca o casi nunca dejaban propina, y tenía que conformarse con el sueldo mínimo que la dueña del restaurante le ofrecía. Poco a poco, Silvia perdió el miedo al mundo, se sentía autosuficiente, pues, a pesar del escaso sueldo, creía tener el derecho de no regresar a casa los fines de semana. Estaba con el Pistolas, él y sus amigos (ahora amigos de Silvia) se autoproclamaban nómadas del mundo, a veces amanecían debajo de un puente o en la estación abandonada de un tren.

La primera vez que Silvia probó la heroína, la fumó. Era tanta la expectativa que tenía al ver a sus amigos tan relajados y por oírlos decir que era lo mejor que en sus vidas habían experimentado que llevaba semanas tratando de conseguir un poco, pero el Pistolas, que se llamaba Adalberto y ahora era su novio, se negaba rotundamente a pasarle un poco de jaco. Por eso tuvo que pedirle a otro de sus amigos, aunque para eso tuvo que pagar. El efecto fue rápido; apenas unos minutos después, Silvia estaba eufórica, sentía un placer tan intenso que olvidó su pasado o, mejor dicho, no le importó. Sentía como si estuviera viva por vez primera, como si acabara de nacer, y declaró que era lo mejor que le había pasado en la vida. Gracias, Adalberto, le dijo cuando lo percibió de rodillas frente a ella y luego la besó.

Los problemas no terminaron, acababan de iniciar. Silvia jamás regresó a la escuela, Oliverio sólo era una mancha en su pasado, ya lo había olvidado. ¿Pero él la había olvidado? Silvia se ausentaba por semanas enteras, su madre ya ni le reclamaba cuando llegaba sucia, rota, oliendo a porquería.

—Vi a mi padre —le dijo un día—, no me reconoció.

Su madre no dio contestación alguna. Silvia no lo sabía, pero hacía meses que su padre no se presentaba en la casa y, si intentaba hacerlo, ya no lo dejaría entrar.

—Te me vas a ir tú también a la chingada si sigues ausentándote —le dijo a su hija, al final era su hija.

Silvia desaparecía por semanas enteras, casi meses, y sólo hacía una llamada de vez en cuando a su madre para decirle que estaba bien. No recibía respuesta. Se dio cuenta de que su vida estuvo repleta de silencios. Adalberto había conseguido un departamento, ¿cómo pagaba la renta?, era una cosa de la que jamás se enteraría. Llevaban varios años de novios, de adictos y de noches desenfundadas repletas de alcohol, drogas y sexo. Y, sin embargo, no se había embarazado, aunque en un par de ocasiones creyó estarlo. Se sentía débil, tenía vómitos y los insomnios eran torturantes.

Se acordó, por primera vez en varios años, de Oliverio. ¿Qué sería de él? Creó cuentas en las redes sociales y varios de sus amigos comenzaron a seguirla. Semanas después, tomó una fotografía a las nubes y la posteó.

Un día, al despertar, tomó el teléfono, revisó sus redes y encontró que tenía un nuevo seguidor. Oliverio. Y había dejado un mensaje en su bandeja de entrada.

## La Reina perdida

### Post de la portada de un disco de black metal

Mírate, tan sola, otra vez entrando a la tienda de discos, tomas una foto a las portadas porque es lo único que puedes hacer. Añoras esos días en que tu familia financiaba tu pasión por el black metal y podías leer por las noches con los auriculares puestos. Subes la foto a Instagram, con tu rostro al lado de la portada o la portada al lado de tu rostro, da igual, es sólo un pretexto para subir una foto tuya. Tus amigos y tus falsos amigos adoran que subas fotos sonriendo; tus amigos porque les gusta verte feliz, tus falsos amigos sólo se aseguran de que uno puede ser feliz aun enganchado a la heroína.

### Post de uno de tus dibujos

Te gusta la fotografía, pero tu anhelo de ser fotógrafa se apagó cuando te dijeron que no tenías buen ojo para eso. Lo peor es que te lo dijo tu madre, ¿qué sabe ella? Ni siquiera es fotógrafa y no podría distinguir una buena fotografía de la de un aficionado a las redes. Tal vez hubiera sido menos cruel si supiera cómo ibas a terminar. Por eso comenzaste a dibujar. Un día sacaste esos dibujos que hacías en la prepa, en las horas libres. Dibujabas cuerpos humanos con grafito, al final te decidiste por figuras geométricas y letras góticas con florituras alrededor de ellas; recuerdas que entonces querías ser pintora. Es más barato comprar pinceles, pintura vinílica y lápices que una cámara fotográfica. Decidiste

no mostrarle a nadie esos dibujos, mucho menos a tu madre. Ahora les tomas fotografías con el celular y la subes a Instagram. Tu expectación baja hasta el suelo cuando nadie reacciona a esos dibujos. Claro, los usuarios de internet buscan desnudez, sexo fácil, no dibujos de adolescentes.

## Post de la portada de tu libro favorito

Todavía lloras al recordar que vendiste todos tus libros a una librería de viejo, te dieron apenas mil pesos por casi quinientos libros de poesía, novelas, cuentos y ensayos filosóficos que nunca entendiste. Por eso, un día acudiste a mí, no soy filósofo, sólo sé unas cuantas cosas de ciencias, pero era tu mejor amigo, dijiste. Estuvimos leyendo a Nietzsche, ¿lo entendiste?, yo tampoco. Luego sacaste un libro de pasta dura, rojo, café, naranja, una pila de libros es la portada.

—Es mi libro favorito, mi novela favorita —mencionaste.

¿Diane qué?, no pude pronunciar el apellido de la autora. Es la historia sobre una escritora, por lo tanto, es una historia sobre libros, cuentos, novelas, historias falsas, misterios, secretos.

—Gracias, Oliverio —dijiste al terminar de hablar, ¿pero de qué?, al final no entendimos la filosofía, sólo me hablaste de tu libro favorito.

Ahora, esa portada, también es un post en tu Instagram. Como mencionaba, libros, arte no son tan bien recibidos como el sexo en las redes. Pero para ti es un recordatorio de los libros que vendiste para financiar tu adicción.

## Post con tu novio

Es la primera foto en tu Instagram que alcanza más de cien reacciones, y no, no es por el exceso de sombras ni el rímel mal aplicado o tu rostro delgado y largo. Es por el hombre que te

abrazo en la foto, un yonqui bien conocido dentro de tu círculo social. Seguramente, a muchos les has roto el corazón con esa foto —a mí sí—. A unos porque en secreto han estado enamorados de ti, aunque algunos nos atrevimos a decírtelo, sólo te reías (¿eran risas de nervios?, ¿o qué chingados querías decir con eso?). Otros más porque ahora es evidente, tienes una adicción. Tú y tu novio tienen el mismo rostro demacrado, el maquillaje no ha servido para ocultar las marcas que la heroína va dejando a su paso.

Muchos te recordamos como cuando entraste a la prepa, una niña hermosa, pelo lacio, largo y castaño, y no usabas maquillaje o, si lo hacías, era bastante discreto. Tenías una fila de enamorados, ¿en qué momento te perdiste? Ahora ese hombre a tu lado, con un cigarro a medio acabar entre sus dedos amarillentos, es la evidencia número uno de que eres una adicta, adicta a la heroína y a tu novio violento.

## Post de tus piernas desnudas

Al fin lo entendiste, lo que la gente quiere ver es tu cuerpo. Pero eres lo suficientemente pudorosa para no mostrarte en internet con una foto demasiado sugerente. Con el pretexto de tener una botella de Bacardí sujeta entre las rodillas, tomas una foto a tus piernas largas y delgadas. “No es mucho, pero es lo que hay” dices-escribes. Aprendiste a jugar con el lenguaje, a jugar con tus seguidores. Cientos de *likes*.

## Post de una mancha de sangre en la almohada blanca

Tienes ganas de morirte, es la verdad, ¿para qué ocultarlo? Fue ese yonqui con el que vivías quien una mañana, al darte el sol en la cara, vislumbró un hilo carmín sobre tu rostro, la almohada

también tenía manchas, unas más finas, otras más gruesas, todas carmín, oscuras, casi negras.

—Tienes sangre en la nariz —te despertó.

Te levantaste apresurada, te encerraste en el baño. Quién sabe cuánto tiempo pasaste ahí, sólo se escuchaban tus gemidos, el llanto ahogado que intentaste disimular, pero que era inconfundible. Se hicieron más fuertes, roncós, se convirtieron pronto en una tos seca. Adalberto —ahora sé que así se llama el drogadicto ese— se imaginó las flemas saliendo en formas de coágulos y advirtió que él mismo estaba sudando, le faltaba su dosis matutina. Preparó el coctel de químicos, trituró la piedra y, como un perro que huele la carne cruda, saliste de tu trinchera.

Adalberto, de un puñetazo, te arrojó al suelo, pero no sentiste la fuerza del golpe y el hematoma se camuflaría con los demás de tu cuerpo. Quiero, dame, necesito, eran las únicas palabras que parecías conocer. Era cierto, necesitabas esas sustancias en tu cuerpo, de otra forma empezaría los dolores. Adalberto no cedió, él también necesitaba inyectarse y no le importó verte sola, llorando como un bebé, sangrando y sobándose los huesos que sobresalían de tu cuerpo.

## Post rarísimo antes de una larga ausencia

Nadie pudo descifrarlo, a nadie le interesaba descifrarlo. Una mancha roja, negra sobre un color rosado. ¿El *close up* de una cicatriz recién abierta sobre tu piel?, ¿la marca de un jeringazo reciente o tus venas carcomidas? Ese día me llamaste después de mucho tiempo.

—No me quiero ir —dijiste.

Guardé silencio, no quería que me escucharas llorar. Tu madre se enteró de tu adicción y junto con su hermano te sacaron del departamento de Adalberto, él los miraba luchando contigo, pues pusiste mucha resistencia y gritabas y pataleabas

como una niña. Adalberto reía socarronamente. Tu tío lo amenazó, pero quién sabe de lo que sea capaz un adicto que ya no respeta a la vida.

—No me quiero ir —repetiste—, sálvame como dijiste que lo harías.

Y solté un gemido.

A mi memoria vienen esas escenas de nosotros en la escuela, cuando te conocí y pensé que eras la mujer más bonita que había visto. Luego dijiste que tenías problemas en casa. Así nada más, sin otro tipo de presentación. Me mostraste tus dibujos, te dije que estaban bonitos y arrugaste la nariz, no te gusta ese adjetivo. Un día llegaste con un iPod seminuevo, ¿lo robaste?, nunca quisiste decirme cómo lo conseguiste, pero estaba repleto de black metal. Así que una chica oscura, ¿eh? Tu grupo favorito era Darkthrone, pero también te gustaba el ambient black metal, por eso de la naturaleza y la mitología, no entendí bien, pero me gustaba, o me gustaba porque me gustabas tú, porque jamás lo escuché de nuevo. Desapareciste, no terminaste la prepa, tu madre te sacó de la escuela porque estabas reprobando todas las materias. Y yo te dije, antes de irte:

—Te voy a salvar, Silvia. Te amo, Silvia.

Luego no te volví a ver hasta que encontré tu cuenta de Instagram, años después. Para mí fue fácil, a pesar de mi aversión a las modas juveniles; navegué entre los millones de usuarios, pero con tu nombre, un poco de conocimiento sobre tus gustos y los lugares que solías frecuentar di contigo en un par de días. Quise saber en qué te habías convertido, ¿psicóloga, como algún día dijiste que lo harías? Yo, como profesor de una preparatoria, casi no tenía tiempo para salir, pero un día te escribí y me pasaste tu número.

Esa salida fue nostálgica, estabas muy delgada y vestías ropas sucias. Sentí lástima.

—Me salvaste —dijiste. Y con mi cara de idiota sólo te miré, luego reíste.

—Un chico me invitó a salir, pero le dije que saldría contigo; él es un imbécil, quería que fuéramos a una fiesta, pero en sus fiestas siempre hay drogas, no quiero saber nada de drogas.

No lo entendí esa vez, pero ahora sé lo que querías decirme, ya eras una adicta, en eso te convertiste.

## Post de tu rostro inexpresivo después de muchísimo tiempo

Tus ojos tristes, apagados y hundidos, tus labios como una flor marchita, tu nariz acabada, mugre en tu rostro que simulan pecas. Subiste esa foto para abrirte al mundo, eres una heroinómana, estuviste casi dos meses en rehabilitación y ese es el rostro de la derrota. Te contagiaste del virus, eres positiva. Qué suerte tienen algunos, Adalberto lleva años compartiendo agujas y está limpio; tú, que has sido, hasta donde te es posible, cuidadosa, diste positivo.

Esa tarde te marqué, pero no contestaste, me regresaste la llamada días después. No querías que te viera, estuvimos hablando tres horas tratando de convencerte. Hubiera preferido desistir. La gente nos miraba sentados en el restaurante, seguro creerían que soy tu psicólogo o abogado, vestido de camisa y traje frente a ti que llevabas ropa de hace días. Eras más huesos que carne. Quieres morirte, para qué ocultarlo. Llevaste contigo tu cuaderno de dibujos y tu iPod (todavía lo tienes, hubiera jurado que lo habías vendido para comprar...) y me los diste.

—Pero son tuyos.

—Ahora te pertenecen, por favor, cuídalos, recuérdame con esto.

## Tu último post

Una jeringa, una cuchara, polvo blanco, una botella de Bacardí vacía y varias botellas de cerveza y otros alcoholes.

Horas después me he enterado, no fue el virus, decidiste darle la vida a la heroína. “Sobredosis”, escribiste en tu último post, antes del jeringazo.

## Cadenas

Juan Mario o JM o Jota, como lo llamaban los amigos, tenía una rajada en la cara, sangre seca; pero el cabello siempre impecable, lleno de gel. Vestía pantalones negros ajustados y una chamarra de cuero sobre una playera que decía Eskorbuto. Adriana corrió hacia él y lo abrazó.

—¿Cómo estás, chava?

—Chingón.

Fue lo único que se dijeron antes de partir.

Ella vestía botas militares, unos pantalones ajustados que resaltaban sus grandes caderas y una playera de tirantes negra, con el logo de alguna banda de punk o metal oscuro que ya casi no se veía por lo gastada. Llevaba las uñas pintadas de negro y los labios rojo intensísimo.

—¿Qué te pasó en la cara?, ¿ya me vas a contar?

—Dame chance, traigo el cerebro destruido. *Perdida la esperanza, perdida la ilusión.*

—No mames, Jota, ya dime.

—Vamos a comer primero y ahí te cuento.

Llegaron a un puesto de tacos de cecina, Adriana dijo que ya había comido, así que se dedicó a mirar el rostro de su novio. Era hermoso, pensaba; sí, estaba demacrado, tenía unas ojeras profundas y una rajada en la cara, pero eso lo hacía más varonil, más violento, más punk y, por ende, más hombre. Era justo el tipo de hombre que necesitaba en su vida.

JM dio una mordida a su taco e inició su relato.

—¿Te acuerdas del Pistolas?

—Claro, tu amigo que se juntó con una morrita que quería ser artista. ¿Qué hay con él? No me digas que ya se lo echaron, ¿colgó los tenis o lo entamaron?

—No, no, nada de eso. Pues que llega la familia de su novia y la sacan de su depa. Cuando fueron, encontraron jeringas, cucharas quemadas, cigarros de mota, chingo de porquerías, y el jefe de la morra que se *frikea* nomás de ver al Pistolas riéndose como demente. Total, se la llevaron a punta de madrazos y el Pistolas no movió un músculo. Pero sucede que el Pistolas estaba atizadísimo, no podía moverse; fue hasta después de que Silvia se había ido que se puso a gritar como loco. Rompió las ventanas de su depa y quería recoger los pedazos para usarlos como cuchillos y matar a los que se habían llevado a su novia, o quitarse él mismo la vida. Es lo que gritaba.

»Le caí cuando me llamó y después de unas horas se tranquilizó. “Que se vayan a la chingada todos”, dijo, y decidimos en ese preciso momento irnos al toquín. Iban a tocar puros pendientes, pero por experiencia sabíamos que habría chingos de alcohol y mota; es lo que queríamos y lo que él necesitaba, además, todavía tenía que ver a su *dealer* para que le surtiera. Nos pusimos hasta la madre. El Pistolas estaba alucinadísimo y en una de esas que ve a su vieja. “Pero ¿cómo va a ser?”, le pregunté, “si se la acaban de llevar”. “Es ella, te digo que es ella, se escapó para venir a verme”. Nos acercamos a la susodicha y que la vemos en el pleno caldo con otro cabrón, un pelón tatuado hasta la choya. No, pues que el Pistolas se le avienta a los putazos al cabroncete.

—Y ¿sí era su novia?

—Ya no supe, ni la vi, creo que corrió o algo, pero la verdad lo dudo. Creo que era tanto el alucín del Pistolas que la veía en cualquier parte.

»Y, bueno, que se arman los fregadazos, ya sabes que yo siempre estoy al tiro para estas cosas, saqué mi cadena y me atoré a dos cabrones. Ellos corrieron, sangrando de la cabeza; el

pinche pelón se había escapado del Pistolas y él se quedó tirado en el suelo. “Ya lo madrearon”, pensé. Entonces lo levanté o intenté hacerlo, pero vi que la banda del pelón regresaba. “Perdóname, carnalito, pero tengo que dejarte”.

JM suspiró, se sacó un pedazo de carne de entre los dientes, dio un trago a su refresco y le dio otra mordida a su taco.

—¿Todavía te duele? —preguntó Adriana al tiempo que le limpiaba la sangre de la cara con su propia saliva.

—Ay, sí, no presiones tan fuerte.

—Pero, ya cuéntame, ¿qué hiciste entonces?

—Pues, como te decía, varios cabrones venían hacia nosotros. Yo, la mera neta, corrí para otro lado, pero no pienses que soy cobarde, mi amor, tenía un plan. Tomé un taxi y que le digo: “Llévame al Semi”. No, pues que el bato de una se culeó, ya ves cómo son con nosotros, te ven con estoperoles, chamarras de cuero y botas militares y se cagan. “Pero en putiza”, le dije, “porque ahí vienen”. Y sí, ahí venían todos esos pinches punks, camaradas del pelón. “Métele carrera, padre”, le pedí al taxista, y la verdad es que bien rápido los perdimos. Entonces, para que se calmara, yo mismo me relajé y le dije: “Ya, ya estuvo, ya los perdimos, ya puedes bajarle a la velocidad”. Y hasta plástica le iba haciendo.

—Ajá, qué suerte que no perdiste el ojo, pinche navajazo estuvo criminal. —Adriana le dio un beso suave en los labios.

—No fue navajazo, fue con una pinche botella rota, pero déjame te cuento. Llegamos a casa de mi camarada Pereira y, sin salirme del taxi, chiflé. Le dije al taxista “ahorita te pago” y sobres, que se deja caer toda la banda. Ja, ja, ja, pinche taxista me quería bajar, pero, cuando vio al gordito Ricky y todos lo que venían atrás de él, ya ni dijo nada. Ni cabíamos en su pinche cachaca y mandamos al Juancho en las piernas del chofer.

—Ja, ja, ¿neta?

—Simón, bueno, más o menos, pero nos lo íbamos albureando con que le agarrara bien la palanca de velocidades. Bien

putos que son mis compas. En fin, llegamos al toquín, todavía estaban tocando pese a que varios vecinos ya se habían quejado. Y salimos hechos la raya...

—¿Y el taxista?

—No, a ese lo dejamos. Estaba la bola de pendejos tomando caguamas cuando nos vieron llegar. El Pistolas ya no estaba. Uno agarró su botella, la estrelló contra el piso y la usó de arma, no estoy seguro, tal vez fue el cabrón que me hizo esto. Se me enredó la cadena un par de veces en la muñeca, pero me madreé como a tres o cuatro cabrones. Hasta que llegaron los puercos, entonces ahí sí todos corrimos. La banda nos reencontramos en el depa del Pistolas, pero no estaba ahí. Neta que nos preocupamos, hasta alguien propuso levantar un acta de desaparecidos o esas madres, creímos que lo habían matado y aventado en algún barranco. Y, de repente, que llega el Pistolas. “Pues ¿dónde andabas, güey?”. “Fui por mi reina blanca”, dijo. Así le decía, también, a su novia. Luego sacó la piedra, la cocinó, hizo lo que tenía que hacer y pa dentro. “Pinche pendejo, y uno preocupándose por ti”. Me ofreció un poco, pero la neta ya sabes que a esas cosas no le entro. Están gruesas, no, no, no.

—Ay, mi amor, pero qué bueno que no te hicieron nada más.

—Pues sí, pero hay que respetar a la banda, nadie se mete con nosotros o nuestras viejas; así que ya te la sabes, si andas de puta, también nos vamos a chingar a quien te ande culeando.

—Qué cosas dices, mi amor. —Y luego le dio otro beso en las heridas—. ¿Y qué pasó con la novia del Pistolas, su otra Reina Blanca?

Jota dio un último y largo sorbo a su refresco, dejó la botella sobre la mesa, sacó unos billetes y pagó la cuenta.

—Esa vieja ya no vuelve. Siento lástima por el Pistolas, un día de estos se va a matar, si no es por la droga, por Silvia. Son sus cadenas.

—¿No podremos ayudarle?

—No puedes ayudar a un adicto. Adalberto lo es a la heroína y a Silvia. Ambas lo están matando.







## Clamor

Veinte años pasaron, cuando un día desperté pensando en Alejandra. Me levanté con toda la intención de ir a su casa, tocar a su puerta y verla a los ojos una vez más. ¿Tendría todavía las pestañas largas y rizadas?, ¿seguirá planchándose el cabello?, ¿usará esmalte de colores brillantes en las uñas como cuando era mi novia?

Me hacía esas preguntas mientras iba camino a su casa. Espero que siga viviendo ahí.

Cuando llegué, me detuve en el portón. ¿Qué le diría?, ¿con qué pretexto la visitaba?, ¿y si ya estaba casada?, ¡seguro!, veinte años no son cualquier cosa, tal vez hasta tenga hijos. Quizá abra la puerta su esposo y sea un grandulón, un boxeador que me mande directo al hospital. A ella siempre le atrajeron grandes y fornidos, aunque no me lo decía, claro. A lo mejor finalmente encontró a alguien así. No la culpo, yo no podría protegerla de esa forma.

Sin embargo, me dije: “Si no es ahora, no será nunca”. Toqué el timbre y después de unos segundos, durante los cuales vacilé y estuve a punto de salir corriendo como un cobarde, abrieron la puerta. Esos ojos, esas pestañas, ese cabello lacio y largo, y esas manos blancas cuyas uñas llevaban esmalte verde.

Me quedé en el umbral, no sé cuánto tiempo, menos de tres segundos, supongo, pero fue tanta mi conmoción que no reparé en ello.

—Te ves hermosa —le dije— como siempre.

Ella no agradeció el cumplido ni pareció alagada.

—¿Quién es usted? —Su voz, ¡no la recordaba!, pero ahora me parecía igualita a cuando nos decíamos te quiero—. ¿A quién busca?

—Alejandra, soy yo.

Ella me miró con extrañeza, tratando de recordar mi rostro, supongo.

—Estás igualita, no has cambiado nada nadita. Justo como te recuerdo.

Ella negó.

—Perdón, pero no sé quién seas.

—Soy yo, mírame —Me retiré la capucha de la sudadera—. Estoy un poco más viejo, empiezo a tener canas, pero soy yo.

—Lo siento —dijo ella, haciendo una pronunciada mueca.

—Rosendo, ¿ya me recuerdas?

—No, lo siento mucho, creo que se ha equivocado.

—Alejandra, fuimos juntos a la preparatoria, fuiste mi novia.

Ella abrió los ojos, como si ya se hubiese acordado, pero entonces gritó:

—¡Mamá, te buscan en la puerta!

Una mujer mayor salió y la joven entró a la casa. Era igualita a su hija, pero con unas pocas y sutiles arrugas en el rostro; el cabello largo, pero no tan humectado y las uñas sin esmalte.

—Rosendo, ¿eres tú?

Asentí.

—Veo que conociste a mi hija.

Reí por mi distracción.

—Creí que eras tú, es igualita a ti.

—Todo mundo dice eso —dijo con una sonrisa en el rostro—. Pero mírate, tú no has cambiado mucho, aunque tu cabello ha perdido color.

—Sigues tan bella como antes —le dije en respuesta.

Nos miramos varios segundos sin decir palabra, ella permaneció atenta a lo que sucedía dentro de su casa, quizá para evitar que su hija nos escuchara.

—También se llama Alejandra —me dijo.

—¿Puedo estrecharte entre mis brazos? —le pregunté.

—Perdona —me dijo, negándose y dando un paso hacia atrás.

—Esta mañana desperté pensándote.

—Qué curioso, hace días me acordé de ti y estuve a punto de buscarte en las redes. He visto cómo mi hija se comunica con sus amigos por videos y todas esas cosas, ¿te imaginas que en nuestros tiempos hubiéramos tenido esa tecnología?

—Tal vez así nunca nos hubiéramos alejado —le dije entre risas.

Ella me miró, como sopesando la posibilidad.

—Puede que tengas razón, en fin; veo a mi hija con esa computadora y el celular y jamás pierde contacto con sus amigos, todavía se habla con los de la primaria, ¿puedes creerlo? Su novio se fue de viaje a Europa por más de un mes y todos los días se veían por videollamadas. Entonces pensé que, si buscaba bien, te encontraría en internet. No te hablaría, por supuesto, sólo quería saber qué fue de ti.

—La verdad es que casi no uso el internet, sigo usando el teléfono sólo para llamadas y, aunque con menos frecuencia, el correo postal. —La miré de arriba a abajo, como no creyendo haberla encontrado después de tanto tiempo—. Es que no tengo a quien escribirle y ni siquiera estaba seguro de si aún vivías aquí.

—Jamás me mudé, ¿recuerdas que te dije que me iría de la ciudad, del estado, tal vez hasta del país? Todo por caprichosa, porque estaba harta de mi vida monótona, quería una *aventura diferente*. —Rio.

—Claro que lo recuerdo, me dijiste eso cuando nos peleamos y no querías verme, al menos por un buen rato. Luego, cuando te llegaba a encontrar en la calle, porque seguí viniendo varias

semanas después, dizque estabas buscando departamentos en diferentes ciudades, ya que a finales de año te marcharías.

—Pues jamás lo hice, las rentas salen carísimas, además, ya que lo veo con otros ojos, me doy cuenta de que es como una alcancía que jamás se llena. Cada mes hay que estar pagando para tener un techo y cuatro paredes, cuando aquí tengo donde dormir. Mis padres jamás apoyaron esa idea, me obligaron a conseguir un trabajo aquí mismo. Me di cuenta, muy pronto, de que con ese sueldo jamás podría pagarme una renta. O comía o rentaba.

—Si hubiera sabido que seguías aquí, que jamás te fuiste, hubiera venido una vez más. Al mes de estar rondando tu calle, sólo para probar suerte y encontrarte, decidí que me estaba excediendo, ya no era sano ni para mí ni para ti. Entonces me encerré en casa, obligándome a no pensarte más y, aunque fue duro al principio, no fue el fin del mundo.

Alejandra rio, quizá por lo ocurrente.

—Disculpame, no sabía todo lo que ocasioné, pero qué bueno que te diste cuenta de que no era el fin del mundo.

—Y, sin embargo, algunos amigos me seguían preguntando por ti meses después. Tuve que explicar varias veces que tú y yo ya no éramos nada.

Nos quedamos en silencio, fue incómodo. Pensé que en cualquier momento me diría que tenía cosas que hacer, que estaba ocupada y que la disculpara. Quería seguir platicado con ella, mirarla después de tanto tiempo. Así que, improvisadamente, la invité a salir.

—¿Quieres ir a tomar un café o a comer? No hoy, un día de estos, claro.

Alejandra lo pensó, pero por la expresión de su rostro supe que se negaría.

—No lo sé, Rosendo. Mi hija...

—Por cierto —la interrumpí— de verdad pensé que eras tú, ¿qué edad tiene?

—Acaba de cumplir los veinte.

—Entonces...

—Sí, Rosendo. Tiene la misma edad que el tiempo que llevamos sin vernos.

En mi mente hice cuentas, tratando de llegar a una conclusión satisfactoria.

—Cuando terminamos, estaba embarazada de mi hija.

—Entonces fue eso —dije más como afirmación que como pregunta.

Alejandra asintió y, finalmente, se decidió por salir del umbral de su puerta, cerrándola tras de sí.

—Estaba embarazada y no sabía qué hacer. No quise hacer barullo ni meterte en mis problemas. Y la verdad deseaba irme de la ciudad para abortar. Junté dinero o traté de hacerlo, pero me di cuenta de que jamás reuniría esa cantidad. Trabajando ahorraría el dinero en cuatro meses, no podía esperar tanto. Mi madre me encontró un día en el baño, llorando a lágrima viva, como dijo Gironde, ¿lo recuerdas?, cómo no lo vas a recordar, si lo recitábamos diario, éramos tan cursis, ja, ja, ja. Y, aunque al principio pensó que lloraba por ti, tuve que soltarle toda la verdad en ese instante.

Creí haber palidecido al escuchar la historia.

—Lo peor no fue eso, sino que me dio la regañada de mi vida. Así lo sentí, aunque la verdad, ahora que lo pienso, me doy cuenta de que en ella había más ilusión que coraje. Imagínate, su primera nieta. Mi padre sí que se molestó, dejó de hablarme por casi un año, hasta que nació Alejandra; por cierto, le puse Alejandra porque ni siquiera tenía ganas de pensar en un nombre.

—¿Cuándo decidiste no abortar? —le pregunté con voz apagada.

—Mi madre me obligó. Cuando le dije que no quería ser madre casi me golpea de tan enojada que se puso. Creo que sólo se contuvo por el bebé. “Cómo es posible que pienses abortar, ¿qué

no te he enseñado valores?, imagínate que te hubiera abortado. Eso es un pecado, Alejandra”. Ya te imaginarás, siempre ha sido de pensamiento conservador. Por una parte, me sentí aliviada porque ya no tenía secretos para mis padres, pero, por otra, había toda esa incertidumbre de qué sería de mí. Luego descubrí que mi padre, además de pagar las citas al médico, compraba ropa y accesorios para el bebé. Todo esto sin decirme, claro. Cuando nació, llevó su cámara, estaba emocionado, preparó cintas y compró varios paquetes de baterías para no perder ningún instante del parto. Pero a la mera hora le dio un mareo... que no pudo entrar al quirófano, así que no hay ni fotografías ni videos. Mi madre, hasta hoy en día, le hace burla de eso.

Ya no sabía si reír, sentir alegría o tristeza de todo lo que había sido de Alejandra, una vez que nos separamos. Sin embargo, aún no me decía quién era el padre. Me vino a la mente que quizá yo lo era. Palidecí, mis manos se enfriaron, me invadió un escalofrío.

—No quería ser mamá —dijo Alejandra, bajando la voz—, casi no me cuidé durante el embarazo y todas las noches rezaba para tener un aborto espontáneo que me salvara de las *responsabilidades del ser madre*. Pero pasó lo que pasó, mi mamá empezó a cuidarme, a llevarme al médico y, al final, fue ella quien estuvo conmigo al momento del parto. Me costó trabajo, pero al ver su rostro, su cuerpo tan débil y tenerla entre mis brazos, aprendí a quererla. Al menos a aceptarla. Luego miré que cada día se parecía más a mí. Era mi espejo.

Empezaba a tener frío en todo el cuerpo, las piernas se me entumecían, no supe cuánto tiempo llevaba ahí parado y deseé que Alejandra me invitara a pasar. Era el frío o la historia misma la que me helaba.

—Hace poco más de dos meses cumplió los veinte. Saqué mis vestidos y se los he regalado, se ve divina con ellos.

—Lo sé, te juro que me sorprendí al verla, creí que eras tú. Me dije: “Dios mío, el tiempo no pasa por ella”. Hizo que me sintiera completamente un anciano.

—No exageres, a los treinta y muchitos todavía eres muy joven.

—¿Y su papá?, ¿quién es el... padre de tu hija?

El cielo apenas comenzaba a enrojecerse, tenía ese color de los atardeceres otoñales.

—Lo mismo me preguntó mi padre, hasta con el mismo tono —Alejandra rio y no supe si reír también. Me di cuenta de que estábamos nerviosos, nuestras risas forzadas no eran sino la expresión de nuestra incomodidad. Y, aunque quizá nunca lo planeamos, era momento de decirlo todo.

—¿Y qué le dijiste?

...

—Un día les dije a mis padres que era de Octavio, un amigo de la prepa al que invitaba seguido a casa. Seguro lo recuerdas. Fue mi mejor amigo en esa época y ellos le tenían tanta confianza que hasta permitían que se quedara a dormir con nosotros; no en mi habitación, eso sí, porque, a pesar de que Octavio era homosexual, no se comparaba con tener una amiga.

»Mi padre enloqueció, no sé por qué, total, como decía mi madre, ya éramos grandes como para tener responsabilidades. Entonces mi papá salió de la casa directo a ver a Octavio. Yo alcancé a llamarlo, le dije que saliera de ahí, que mi padre iba camino a buscarlo, pero no me hizo caso. Como a la hora llegaron ambos y no te imaginas el revuelo que se armó. “¡Cómo es posible que metas a Octavio en esto!”, decía mi madre, pues Octavio juraba y perjuraba que nunca se había acostado conmigo, hasta les dijo: “Yo soy puto, PUTO”. Jamás lo escuché decir eso tan alto, con tanta confianza de sí mismo y tan orgulloso. Y yo ¿qué hacía?, pues echarme a llorar, nada más eso sabía hacer. Octavio no me volvió a dirigir la palabra desde entonces, luego

supe que se había casado con un gringo, qué loco, ¿no? Octavio no era feo, tenía su pegue en la prepa, pero siempre fue bien puto, como decía él, ja.

—Te estás saliendo del tema —le dije mientras volvía a colocarme la capucha y me cerraba el zíper de la sudadera.

—Perdón —dijo—, en fin, perdí a mi amigo y te perdí a ti, pues hacía varias semanas que no te veía; tú sabes que siempre fui de pocas amigas, a ellas ni siquiera les conté esto.

La puerta detrás de Alejandra se abrió de repente.

—Mamá, ¿no vas a entrar? —dijo su hija, quien había salido y me miraba fijamente.

—Sí, hija, ve poniendo la mesa para cenar, enseguida entro.

Alejandra, es decir, su hija, asintió sin quitarme la mirada de encima ni por un segundo antes de volver a entrar a la casa.

—Hay una razón por la que decidí terminar lo nuestro —me dijo Alejandra, prosiguiendo con su relato—, no era tu hija, no podía serlo, pues llevaba bien las cuentas.

En ese momento suspiré, no por alivio, no por enterarme de una verdad en mi vida ni de desilusión. Suspiré porque llevaba rato aguantando la respiración, esperando que Alejandra llegara a ese punto que se me había hecho eterno.

—Abusaron de mí, Rosendo, nunca supe quién fue el padre de mi hija. —Sus ojos se llenaron de lágrimas, no supe si abrazarla o decirle algo, pero ¿qué? Rápidamente secó su rostro y, juntando fuerzas, habló con coraje—. En una fiesta, una de esas a las que iba con mis amigas, me pusieron, me puse, no lo sé, hasta las chanclas. Sólo recuerdo las voces burlonas, “otra, otra, fondo, fondo”, y yo como pendeja haciéndoles caso. Luego, cuando desperté, me exalté, pues estaba en un baldío; varios cabrones a mi lado también se despertaron o ya estaban despiertos, pero se pusieron rápidamente de pie y salieron corriendo, uno hasta corría mientras se subía los pantalones. Es lo único que recuerdo. ¿Te imaginas lo que sentí en ese momento? Un pinche asco, quería

vomitara, quería matarme. Luego, mis amigas me hablaron como dos o tres días después, ni siquiera les contesté. Por eso me notabas tan distante, tan ensimismada, no quería decirte nada, ni a ti ni a nadie. Quería morir, te lo juro, quería estar muerta.

Sequé mis lágrimas, que escurrían sin saber que decir. Alejandra prosiguió.

—Me hice la prueba tres semanas después, no había duda, estaba embarazada. Por eso quería largarme. Y qué vergüenza decirles a mis padres que fui violada, seguro me castigarían, me golpearían por pendeja, por ir a esas fiestas. Lo peor era que si empezaban a buscar, a investigar quiénes estuvieron ese día, lo único que lograrían es que todo mundo se enterara. Imagínate esto: un día me levanté radiante, fui a una fiesta con mis amigas y de repente vuelvo a despertar, sólo que ahora violada, ultrajada.

—Dios mío —fue lo único que logré decir antes de sostenerme de la pared, pues me había mareado. Todo era tan horrible y confuso, algo que jamás había imaginado ni en mi pesadilla más oscura.

—Por supuesto que jamás le dije nada a nadie, eres el primero y único en enterarse. Lo peor fue inventarle a mi hija que su padre nos había abandonado cuando ella nació. Ahora por eso, y con ideas que ha agarrado en la escuela y no sé dónde más, sale con sus amigas a gritar no sé qué cosas del feminismo. No le digo nada, ya es cosa suya. Sólo tengo miedo de que un día no regrese, de que me la maten. Aunque no sé, tal vez sea lo mejor. Más vale muerta que vivir lo que he vivido.

Y con estas últimas palabras, que precedieron a encogerse de hombros, vi —juro que pude verlo— un pedacito de alma, negra, podrida, salir de ella. Escapar, liberarse. Abrió de nuevo la puerta de su casa.

—Que tengas buenas noches, y perdóname —me dijo, entró y cerró la puerta.

## El puzzle

No llevaba la cuenta, pero eran muchas las semanas sin poder dormir, ya podían contarse como meses. Movía la almohada, la giraba cuando su temperatura lo hacía sudar, se desprendía de las cobijas, las arrojaba con los pies hasta hacerlas resbalar de la cama, sólo para, minutos después, recogerlas del suelo y colocárselas de nuevo, entrando así en un ciclo interminable durante toda la noche.

Al amanecer, cuando los primeros rayos del sol entraron por las aberturas de las cortinas, Manuel se levantó tan rápido como sus rodillas le permitieron. Encendió la cafetera, mordió un pan duro, pues el pan de ese día se lo entregarían hasta dentro de una hora, y fue a su viejo estudio, aquél donde por años se dedicó a escribir gruesas novelas que ahora miles de personas leían alrededor del mundo, y que, sin embargo, a él ya no le interesaban. *La noche de todos los muertos* era su novela más traducida, la más divulgada; en ella guardaba un secreto de su juventud: el asesinato de un joven de su generación. Le tomó varios años unir las piezas y, aunque pudo presentar las pruebas, no hizo más que novelizar esa experiencia. Encendió las luces, pues, a pesar de que en un tiempo las grandes ventanas permitían el paso de luz cálida y abrasadora, ahora eran obstruidas por dos grandes libreros, esos que sobrevivieron al incendio. Apenas se hizo la luz, lo primero que se mostró frente a sus ojos era la razón de sus insoportables insomnios.

Sobre el escritorio con manchas secas de café y estigmas de sus años de uso, estaba un rompecabezas tridimensional. La caja

donde venían las piezas prometía que, al colocarlas todas y cada una en el lugar correspondiente, se obtendría una réplica casi exacta a escala de la Catedral de Notre Dame de París. Sin embargo, para Manuel, este *puzzle* había resultado una pesadilla. Contaba con cinco mil piezas entre las cuales elegir y, aunque las instrucciones recomendaban iniciar con la planta que formaba una cruz latina —cosa que con trabajos había logrado— para posteriormente centrar su atención en las torres, no podía siquiera empezar con los vitrales, el rosetón, las naves laterales ni los tejados.

Una vez más, se sentó frente a lo que parecían ser ruinas. Tomó la larga aguja, pero no pudo colocarla en su lugar, pues no embonaba, por más que lo intentaba, en ninguna parte. Intentó construir los tejados, pero, al ser tan pequeños y frágiles, se desbarataban apenas al colocar una hilera de estos plásticos, caían de sus manos al escritorio y se entremezclaban con el resto de las piezas. Manuel dio un fuerte golpe a la madera vieja, cimbrán-dola, y escuchó sonar el timbre. Dejó todo para salir al llamado.

—Señor Manuel, le traigo su pan —dijo un joven al entregarle un paquete envuelto en papel que dejaba ver pequeñas manchas de grasa.

—Gracias, Carlos —contestó Manuel, entregándole unas monedas.

—¿Puedo preguntarle algo?

Manuel lo miró con más atención, pero sin dar respuesta.

—¿Sigue con el rompecabezas?

—Sigo con eso —contestó Manuel, asintiendo, con una leve sonrisa sarcástica.

—Ni siquiera ha dormido, se le nota en el rostro. Disculpe que me entrometa, pero ¿no cree que debería de tomarse un descanso? Quiero decir, olvidarse de ese juego por un tiempo.

—Descansaré cuando lo termine, no quiero parar hasta ver mi Notre Dame terminada —dijo Manuel, tajante.

No era la primera vez que Carlos le hacía esa propuesta, tampoco era la primera persona. Desde la muerte de su esposa, dado que jamás tuvieron hijos, sus viejos y nuevos amigos trataron de conectar con el escritor. Sobre todo, después del incendio. Manuel había salido a dar un paseo matinal, pero tuvo que regresar cuando algunos vecinos advirtieron que de una de las casas salía humo. Era la casa de Manuel, había olvidado apagar la veladora que encendía para su esposa. El fuego consumió casi toda su biblioteca. Ningún ejemplar de *La noche de todos los muertos* había sobrevivido. Y pasaron muchos meses para reparar los otros daños. Manuel había dejado de salir de casa, salvo en ocasiones que realmente lo demandaran, por eso todas las compras las pedía a domicilio; diariamente era visitado por el panadero, el carnicero, el verdulero, y una señora iba una vez a la semana para hacer limpieza. Solamente salía para ir a la librería o al cementerio, porque, a pesar de que había dejado de escribir, jamás dejó de leer y en ocasiones visitaba la tumba de su esposa para leer un poema o dejar algunas flores.

Carlos desistió, le dio los buenos días y Manuel entró. Se sirvió café, sacó el pan, el cual remojó en el líquido oscuro y amargo, dio unas mordidas y se le ocurrió algo que había dejado de hacer hacía mucho tiempo: encendió el televisor.

Lo primero que escuchó y vio hizo que dejara de lado su pan y olvidara el sabor del café.

*El incendio, que se presume se originó en el tejado de la catedral, lleva casi una hora sin poder ser controlado. Los bomberos, pese a su pronta respuesta, no logran siquiera atenuar las llamas.*

Notre Dame se incendiaba. Manuel no podía creer lo que veía cuando las escenas de la televisión mostraron cómo la emblemática aguja se derrumbaba. Como su propia aguja. Luego, sus lágrimas también cayeron, recordó el incendio en su casa y todas las pérdidas que había ocasionado; agradeció que su esposa no estuviera ahí para presenciarlo. Más de nueve horas

pasaron, las mismas que Manuel estuvo atento a las noticias hasta que, finalmente, anunciaron que el incendio había sido extinguido. Manuel se reclinó sobre su asiento y su cuerpo pesado y sus articulaciones se relajaron.

De regreso a su estudio, tomó la aguja que no encontraba dónde embonar. Cinco mil piezas, decía la caja y entonces decidió contarlas. Le tomó nueve horas. Hizo grupos de diez piezas y se aseguraba, de vez en cuando, de que todos los montoncitos de piezas tuvieran exactamente diez; más de una vez tuvo que volver a empezar, pues algo no cuadraba en sus cuentas. Cuando terminó el conteo, ya había amanecido de nuevo; se dio cuenta, no sin tristeza, coraje y temor, de que su rompecabezas tenía solamente cuatro mil novecientos noventa y ocho piezas. Esto dio origen a una búsqueda que le tomó otras nueve horas. Exhausto, decidió ir a la librería donde había adquirido el rompecabezas. Pensó en demandar a la empresa que los fabricaba, pues gracias a ésta había perdido meses en tratar de resolver algo que no tenía solución. La librería, después de escuchar el alegato, decidió contactar a la empresa de juguetes, augurando que no harían nada, pero Manuel insistió.

Llegaron a un acuerdo: la empresa de juguetes y *puzzles* le reemplazaría el rompecabezas solamente presentándolo junto con la factura de compra.

Manuel hizo su parte, tomó el viejo rompecabezas, todavía molesto y cansado de tan sólo ver esas piezas y pensar en las faltantes.

—En Juguetes Catedral nos apena el inconveniente que ha tenido con nuestro producto, señor. —Le dijo un hombre a Manuel, luego le pidió la factura y el rompecabezas; lo primero que hizo fue verificar el número de serie. Llamó a un empleado y ambos revisaron el mismo número, comparándolo con un archivo en la computadora.

—Señor, debemos informarle que, en efecto, su rompecabezas tiene un defecto de fábrica. —Era el otro empleado quien ahora explicaba a Manuel—. Verá, hace poco menos de un año, ocurrió un pequeño incendio en nuestra fábrica, no hubo pérdidas aparentes que lamentar, pero nos dimos cuenta, más tarde, que varios de nuestros artículos presentaban fallas. El caso de su rompecabezas es uno de esos, ocurre que el incendio no hizo más que derretir las piezas que se encontraban cerca, mire ésta.

Manuel y los dos empleados miraron una pequeña pieza de plástico a través del lente de una lupa. Presentaba pequeñas deformidades que, si bien no se apreciaban a simple vista, impedían el embone con las demás. Luego revisaron la aguja, ésta presentaba en su base una forma inusual, causa del derretimiento. Y dos piezas más se habían fundido con otras, de tal modo que se fusionaron. Por eso faltaban dos, pues estaban, en realidad, unidas.

Manuel asintió a cada una de las explicaciones que le hacían los hombres de Juguetes Catedral y, cuando le entregaron el nuevo rompecabezas, proveniente de un lote más reciente, no tuvo más que agradecer.

Esa noche, se sentó frente a su escritorio, abrió la caja del rompecabezas nuevo y sacó la larga aguja, examinándola, notó que ésta no tenía indicios de haber sido víctima de ningún incendio.

## El ocaso del sexagenario

La mañana que cumplió sesenta años, Adrián despertó sintiendo el sabor de la muerte en la garganta, ésta quería salir y lo haría en cualquier momento. A pesar de sentirse un hombre con energía, de repente la idea de partir de este mundo se impregnó en su cabeza, tan fastidiosa como las moscas de fruta. Las manos le temblaban constantemente, los mareos fueron más frecuentes y ahora duraban días enteros. A veces ni se levantaba de la cama en todo el día, no comía y no bebía nada por temor a tener que levantarse para ir al baño. “Las piernas me duelen y si me levanto seguro sufriré otro mareo”, se decía.

¿Era esto el aviso cortés de la muerte?, ¿intentaba prepararlo?

Entonces Adrián reparó en un detalle al que hasta ahora no le había tomado importancia. La vida y la redención. Él no era un hombre devoto a ninguna religión y en los sesenta años anteriores jamás creyó que llegaría el momento de pensar en eso.

Sudaba, se movía de un lado a otro en la cama matrimonial que hacía cinco años dejó de compartir con su esposa, pues había enviudado. No tenía hijos, la única vez que se embarazó sufrió un aborto inducido. Aquella mañana se levantaron muy temprano, llevaban dos semanas sin dirigirse la palabra, a pesar de que Carlota, su esposa, trataba de complacerlo. Adrián condujo el auto durante casi dos horas hasta llegar a la clínica donde se llevaría a cabo la interrupción del embarazo.

Adrián no quería ser padre, no en ese momento, pues no estaba preparado, necesitaba estabilidad económica, cosa que aún no conseguían. Carlota, por su parte, estaba emocionada

con la idea de ser madre, pero quería respetar la decisión de su esposo. Le dolía verlo tan encolerizado y temía que en un ataque de furia le hiciera daño al feto o incluso a ella. Por eso se vio obligada a abortar.

Eso es algo que jamás le perdonó a Adrián y que nunca más hablaron. El médico les advirtió sobre las consecuencias de una cirugía como aquella. Años después, Carlota no pudo embarazarse más. Adrián no dijo nada, todo lo externaba con violencia. Un día, borracho, la golpeó. Salió de su casa y pasó la noche en un burdel. Guardó silencio y rencor contra su esposa hasta el día en que ella murió.

Esa noche, los escalofríos le recordaron a Carlota, era como si ella estuviera abrazándolo, apretando sus huesos, y no quisiera soltarlo. “Esta mujer me quiere llevar consigo”, pensó Adrián. Y calló víctima de una fiebre. “Perdón, perdón”, repetía. “Perdóname, Carlota”.

Adrián se sintió con la necesidad de redimirse, salvar su alma. Ahora que se veía en el umbral de la muerte, deseaba tener enfrente a todas esas personas a las que les había hecho daño, y pedirles perdón. Carlota había muerto, no podría conseguir su clemencia, así que sencillamente le encendió una veladora. Sin embargo, en su vida había conocido a muchas personas con las que también debía disculparse. Recordó a Rafael, un hombre al que le había arrebatado a su hijo.

Una tarde lluviosa, Adrián conducía a exceso de velocidad, zigzagueaba por las calles llenas de baches sin reducir jamás su rapidez. En un intento por esquivar una coladera abierta, no reparó en un hombre que conducía una bicicleta; no sólo lo arrolló, si no que ni siquiera se detuvo hasta varios metros más adelante. Como llovía ininterrumpidamente, casi no había gente, no hubo testigos y el hombre de la bicicleta murió casi al instante. Luego se enteró de que aquel joven, de veinte años, era hijo de Rafael, uno de sus vecinos. Y nunca dijo nada a nadie.

Tomó el teléfono y marcó el número de su vecino, pero no hubo respuesta. A pesar de sus malestares, se levantó de la cama y salió a su casa a buscarlo. Lo único que encontró fue la noticia de que Rafael había muerto hacía casi un año. “Perdón, Rafael”, susurró temeroso de que, al igual que Carlota, quisiera llevarlo consigo.

Hizo una lista de personas a las que creía deberles disculpas. Era una lista larga, no podía creer la cantidad de gente a la que había hecho daño; la mayoría fue durante la adolescencia y eso significaba un grave problema, pues hacía mucho tiempo que había perdido el contacto con ellos. El otro problema era que él mismo se sentía con un pie en la tumba. ¿De cuánto tiempo disponía para salvar su alma?

Pensó en su amigo de la preparatoria, Juan Carlos, a quien había culpado de mandar al hospital a otro compañero. Adrián y Juan Carlos pasaban sus días fastidiando a los chicos en la escuela, en especial a aquellos que eran callados, tímidos y no decían nada ni se quejaban con los directivos. Pero, un día desafortunado, Adrián golpeó a uno de ellos en el estómago, su compañero había acabado de comer y ese golpe resultó fatal. Todos los días lo buscaban solamente para molestarlo, romper huevos crudos sobre su cabeza, bañarlo con orines de gato o cortarle el cabello con tijeras de pollero. Ese día lo encontraron solo en el baño de la escuela, Juan Carlos lo tiró al suelo y Adrián comenzó a golpearlo en el estómago, lo pateó hasta que dejó de moverse. Al día siguiente faltó a la escuela, se enteraron de que había pasado la noche en el hospital y el diagnóstico del médico decía que debido a un golpe en el estómago sufría una hemorragia severa; días después el niño murió. Sólo así los directivos investigaron y, finalmente, Adrián dijo que Juan Carlos había dado el golpe. Juan Carlos fue expulsado de inmediato, sin investigar más, después de todo, era bien conocido por ser uno de los brabucones de la escuela. Juan Carlos nunca negó los hechos.

Jamás le volvió a dirigir la palabra a Adrián, y quienes en algún momento fueron grandes amigos ahora sólo se veían de vez en cuando, al coincidir en la calle, como dos desconocidos.

Entonces Adrián quiso hablar con él, pedirle perdón, aunque fuera años demasiado tarde. Pensó, también, que él mismo había sido culpable de tres muertes: el niño de su escuela, el hijo de su vecino y su propio hijo. Ya había cuatro veladoras en su altar, incluida la de su esposa.

Cuando por fin se encontró con Juan Carlos, reconoció al hombre maduro que tenía el rostro lleno de cicatrices, estigmas de aquellas peleas que había tenido durante su vida, los huesos rotos y que además le faltaban dos dientes, donde ahora acomodaba su cigarro.

—Juan, ¿te acuerdas de mí? —preguntó Adrián.

—¿Cómo no hacerlo?, eres el maldito Adrián, rey de los bastardos —dijo Juan Carlos, expulsando una bocanada de humo—. Nunca te olvidé. —Y rio.

—Sé que ha pasado mucho tiempo, pero... —Adrián titubeó— eres el único que puede ayudarme.

Juan Carlos lo miraba lleno de curiosidad, pero con paciencia.

—Creo que moriré —le soltó Adrián— y quiero salvar mi alma, no fui un buen hombre.

—No, no lo fuimos —dijo Juan Carlos, sacando el cigarro de su boca, expulsando el humo y volviendo a colocarlo—. Hicimos mucho daño, no sólo en la escuela, pero tú hiciste más.

—¿Por qué lo dices?

—Tú mataste gente, a ese niño, al hijo de Rafael; violaste a una muchacha, le pudriste la vida, e hiciste que tu esposa abortara...

Adrián sintió su corazón dar un brinco al escuchar eso, ¿cómo sabía lo del hijo de Rafael, si aquella tarde no hubo testigos? ¿Y lo

del aborto de su esposa? Además, ya ni se acordaba de Alejandra, quien de repente desapareció y no terminó la prepa.

—Aunque eso sí —prosiguió Juan Carlos— tuve parte de la culpa. En la muerte del hijo de Rafael, por ejemplo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Adrián.

—En ese tiempo robaba las tapas de las coladeras, no sabes cuánto dan por eso en el fierro viejo. Con el dinero podía atizarme, comprar alcohol y consentir a mi vieja en turno. Además, sabía que tú transitabas por esa calle, siempre a la misma hora. La quité y esperé a que pasaras, aunque no tomé en cuenta que se atravesara el imbécil de la bicicleta.

—¿Y cómo supiste lo de mi esposa?

—Carlota misma me lo dijo.

—¿Qué?, ¿cómo?, ¿conocías a mi esposa?

Juan Carlos dio una risotada en la que escupió saliva de entre el hueco donde faltaban sus dientes.

—No sólo eso, éramos amantes —dijo él, riendo—. Por eso nunca te hice nada, me vengué tomando a tu mujer. Fue dulce mientras duró, después del aborto se volvió callada, seca. Así que la mandé a la chingada.

En ese momento, Adrián ya no supo qué decir. Se sentía víctima en vez de victimario y guardó un silencio sepulcral. Siempre supo que su esposa lo había engañado, tenía un amante. Y había pasado la mitad de su vida tratando de averiguar quién había sido. Nunca imaginó que era su propio exámito.

—Eres un cabrón —dijo, finalmente, en voz baja.

Juan Carlos no dejaba de fumar y cuando acababa un cigarro inmediatamente encendía otro.

—Y ahora dime —dijo él— ¿a qué has venido?

—Deseaba redimirme, creo que voy a morir pronto, lo siento en la piel y en las entrañas.

—O quizá sólo sea la crisis de los sesenta —comentó Juan Carlos en forma de burla.

—Como sea, ya no estoy para juegos, deseaba pedirte perdón, pero ahora pienso que eres tú quien debe disculparse.

—Para nada, y ni pienses que caeré en tus trucos, pero con quien sí te deberías de disculpar es con aquellos que lastimaste.

—Pero están muertos.

Juan Carlos dio un bufido.

—¿La mujer a la que violaste?

—No sé qué fue de ella.

—Lástima, no creo que ahora puedan perdonarte. Y yo no puedo hacer nada, así que... —dijo sin terminar la frase y se marchó.

Adrián se quedó solo, pensativo. Se dio cuenta de que no podía hacer más nada, su altar estaba lleno de veladoras, si ponía una más seguro la casa se incendiaría. Cada una de las llamas, cada pabito encendido era el recuerdo de su vida trágica. Jamás pensó que llegaría el momento de arrepentirse.

Y ahora, ¿qué le quedaba?

Caminó por la ciudad, sin importar sus malestares, los cuales parecían disminuir a pesar del aire contaminado y el ruido.

Entró a una vieja iglesia, era la que visitaba su esposa, mucha gente de ahí debió conocerla, y pensó que la fe de ella era tan grande que lo escucharía. Se hincó ante el altar de la Virgen y pidió perdón a ella, a su hijo no nacido y a todas las personas a las que había hecho daño. Sintió una paz abrasadora. Se sintió feliz después de años de amargura. Orar cura, pensó.

Al salir de la iglesia, se dirigió a su casa con una perspectiva nueva de la vida, ahora sentía una armonía renovada. Y se dijo: “Si ésta es mi nueva vida, comenzaré de nuevo”.

Regresó a casa de su viejo examigo, Juan Carlos, quien al salir le preguntó:

—¿Ahora qué quieres, viejo?

—Soy Adrián y estoy renovado, me siento como nuevo.

—Bien por ti, pero ahora déjame descansar, yo también estoy envejeciendo y llegará el momento de pagar mis pecados.

Adrián lo miró, le sonrió y lo abrazó. Juan Carlos quedó con el rostro estupefacto.

—Juan, amigo, ¿por qué nunca hiciste nada por defenderte en la escuela? Te expulsaron sin que metieras las manos.

Juan Carlos apagó el cigarro en la suela de su zapato.

—Ya te dije, la venganza la consumé años después. En ese entonces me valía madres todo. Ya sabes, la onda punk. Me dediqué a disfrutar de la vida, de los viajes, de tu vieja —se carcajeó.

Y con esas últimas palabras que Adrián esperaba, que encendieron el mechero de su bomba interna, le dijo:

—En realidad Carlota abortó a tu hijo, jamás la embaracé. Me hice la vasectomía después de lo de Alejandra, tenía tanto miedo que decidí operarme para evitar que sospecharan de mí. Perdóname, una vez más.

Y regresó a casa a esperar que la muerte lo reclamara.



# Índice

A doble interlineado y Arial doce 11

## SIN MIEDO

La noche de todos los muertos 21

Fiebre 30

## EL MIEDO

El diagnóstico 39

La culpa 43

Muñecas 49

La Reina Blanca 55

La Reina perdida 62

Cadenas 69

## MÁS MIEDO

Clamor 77

El *puzzle* 86

El ocaso del sexagenario 91



*La noche de todos los muertos,*  
de Guillermo Ramírez García, se  
terminó de editar en agosto de 2022, en  
Toluca, Estado de México. Para su formación  
se usó la familia tipográfica Kievit, de Michael  
Abbink & Paul van der Laan, de la Fundidora  
Font Font. Diseño y formación: Adriana Juárez  
Manríquez y Francisco Pérez Velasco. Cuidado de  
la edición: Erika Yanet Medina Trinidad. Editores  
responsables: Alejandro Pérez Sáez y Jorge  
Eduardo Robles Alvarez.



*La noche de todos los muertos*, de Guillermo Ramírez García, es una serie de cuentos que explora una emoción humana fundamental: el temor —a la vida, a la muerte, a la incertidumbre—. Se divide en tres partes. “Sin miedo” es la primera, y narra la historia que da título al libro e introduce a jóvenes que viven, cometen errores, rompen, destruyen. La segunda parte, “El miedo”, plantea el temor desde diferentes perspectivas: una madre sobreprotectora y asustadiza, los sentimientos de culpa y soledad, la reclusión en los vicios y la violencia. En la última, “Más miedo”, los personajes resurgen en busca de una conclusión a sus existencias y la resolución de lo vivido aquella noche de todos los muertos. Aquí se cierran sus historias, pero no sus miedos.